



EPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 11 — Madrid 15 de Abril de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.



MARÍA SANTÍSIMA AL PIE DE LA CRUZ.
(Cuadro de A. de Rokdes).

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por D. J. M.—*Los Grabados*.—*El misterio de nuestra redención*, por el Dr. Hettinger.—*Canción a Jesucristo crucificado* (poesía), por Fray Luis de León.—*San Juan de Dios* (conclusión) por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.—*Crucifixión de Jesús* (poesía), por Fr. Diego de Ojeda.—*Lamentos de Cristo en la Cruz* (poesía), por D. F. Velázquez.—*Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo.—*Flores y estrellas* (poesía), por Doña María del Pilar de Montoliu.—*Miscelánea*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*Maria Santísima al pie de la Cruz*.—*Cristo ante Pilatos*.—R. P. M. Fr. Santiago M. Monsabré.

LA DECENA

Hoy, *viernes de Dolores*, en que leerán ustedes estas desaliñadas cuartillas, no será inoportuno dedicar un recuerdo al más sublime de los misterios dolorosos de la Santísima Virgen, que en tal día conmemora la Iglesia.

El recuerdo de la desolada Madre que llora al pie de la Cruz la muerte, en cuanto hombre, de su amantísimo Hijo, ofrecido en holocausto para salvar al género humano, es de los que más profundamente se graban en el alma del niño cuando empieza a oír de los maternos labios la sencilla explicación de los fundamentos de nuestra santa fe.

Aquella impresión no se borra jamás de la memoria, aun cuando pasen los años, y el niño, convertido en hombre, se pierda en el torbellino de la duda o caiga en el abismo del descreimiento.

He conocido á algunos desgraciados que, en un arranque de bárbara impiedad, se burlaban de los más augustos misterios de la religión católica; todos los días vemos gentes que en un acceso de impotente cólera blasfeman de Dios ó de los santos; pero no he oído jamás hacer objeto de burlas sacrílegas á la Madre Dolorosa ni aun por los más empedernidos, ciegos é impenitentes criminales.

El sublime martirio moral de la Madre de Dios, conmueve y aterra más hondamente que los martirios y tormentos corporales; sin que sea necesaria, para medir su intensidad, la espada de dos filos con que muchos artistas cristianos representan á la dolorida Madre, materializando la frase profética de Simeón: *pertransivit gladius*.

Por más que pequen de aridez y aun de monotonía mis excursiones al arte antiguo cuando me ocurre hablar de asuntos místicos, no he de renunciar á recoger de los libros (y son muy pocos, por desgracia, los que poseo) algunos apuntes que, si no enseñan nada para las personas que lo saben todo, pueden tener algún pequeño aliciente para las que lo han olvidado ó no han tenido tiempo de aprenderlo. En este último caso me encuentro yo mismo respecto de muchísimas noticias de las que me complazco en recopilar, y no tengo reparo en confesar que las aprendo al mismo tiempo que las escribo. No dirán, pues, mis lectores que pretendo darme aires de erudito.

Volviendo al asunto de la *Mater Dolorosa*, no todos los pintores y escultores la han representado en la forma de que hablo más arriba, y, sin ir más lejos, en la primera página del anterior número de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ha podido admirarse el grabado que reproduce la bellísima escultura del Sr. Querol, cuya descripción no he de repetir aquí.

Muchos han representado á la Virgen próxima á desmayarse, al pie de la Cruz, unas veces sola, otras con San Juan Bautista, otras con este predilecto discípulo de Jesús, la Magdalena y las demás santas mujeres, como en el cuadro que hoy reproducimos de la moderna escuela alemana.

Algunos han elegido, para expresar el dolor de María, el acto en que su divino Hijo, descendido de la Cruz, descansa sobre sus rodillas; pero generalmente sólo se designa con el nombre de *Dolorosa* á la figura aislada de la Virgen María en actitud de profundo desconsuelo.

El museo de Cluny guarda dos esculturas en madera, del siglo xv, un esmalte de Limoges y un vidrio de procedencia suiza, representando la *Mater Dolorosa*.

En la iglesia de Monte Oliveto, de Nápoles, hay una estatua antiquísima y de un mérito relativo, atendiendo á la época de su creación.

El convento de Filles-Bleues, de París, poseía sobre el mismo asunto una pintura flamenga del siglo xv, delicadísima, que hoy puede admirarse en el museo del Louvre de París.

Algunos inteligentes califican la *Dolorosa* que se venera en la iglesia de Nuestra Señora, en Brujas, como la obra capital de Juan Mostaert de Harlem, que floreció á principios del siglo xvi.

El cuadro en que Memling ha tratado el asunto de *Los Siete Dolores de la Virgen*, y que hoy se halla en el museo de Turín, es una verdadera obra maestra de finura, delicadeza y expresión.

Para abreviar, entre otros muchos, han pintado *Dolorosas*, que se encuentran repartidas en templos, museos y colecciones de diferentes países: Chranach, Carlo Dolci, el Sassoferrato, Morales, Fray Solimena, Lucas Cambiaso, Camarón y Bononat (Museo del Prado), el Tiziano, Andrés Solario, Carlos Moratte, Ribera y Boullongne.

Por ser ya de época moderna, no quiero hablar de un magnífico cuadro de Hipólito Flandrin, que figuró en la Exposición de pinturas de París de 1865, y que se destinaba á la capilla mortuoria de la princesa de Bergues; cuadro que arrancó lágrimas de ternura á la reina María Amelia, poco después de la prematura muerte de su hijo el Duque de Orleans.

No han sido únicamente los grandes maestros en pintura, bajo todas sus múltiples formas, los que han rendido el homenaje de su genio y el tributo de su inspiración á la *Mater Dolorosa*. También los grandes músicos antiguos y modernos han querido asociar su nombre á tan sublime asunto, y sería larga tarea enumerar tan sólo los nombres de los compositores que nos han legado bellísimas paráfrasis de armonía del magnífico canto religioso que la Iglesia eleva á la Santísima Virgen en la época de la Cuaresma y principalmente en el solemne día de Jueves Santo.

Más difícil sería averiguar el nombre del poeta de viriles arranques y de grandiosos y melancólicos acentos que dió al mundo católico la letra del *Stabat Mater*. Los eruditos han perdido su tiempo rebuscando en los archivos de las catedrales algún indicio que les guiase en el descubrimiento de la verdad. Laborde en su «Ensayo sobre la música», y algunos escritores anteriores y posteriores á él, han atribuido á un monje del siglo xiv, llamado Jacopone, no sólo la poesía sino también la música de este canto sagrado. Otros, entre ellos el abate Pascal, autor del *Diccionario de liturgia católica*, suponen que las estrofas son obra del Papa Inocencio III. Los lectores pueden escoger la versión que más les agrade, puesto que ambas descansan en muy ligeras conjeturas.

Entre las infinitas composiciones musicales que, como he indicado, se han escrito para sustituir el canto llano (que, por su parte, es de una grandiosidad sólo comparable á su sencillez) en el *Stabat Mater*, y entre las cuales figuran dignamente las de muchos maestros de capilla españoles, las que han adquirido celebridad más universal son tres: la de Pergolese, la de Haydn y la de Rossini.

El *Stabat* de Pergolese, que puede decirse fué el canto del cisne de este gran maestro, pues falleció poco tiempo después de terminarle, fué hecho por encargo de la Congregación de San Luis del Palacio, de Nápoles, que estipuló con el compositor el precio de diez ducados por la obra. La pobreza de la suma corre parejas con la riqueza de modestia del autor, que decía jovialmente al célebre maestro Francesco di Feo que la partitura, tasada en diez ducados, tal vez no valía diez bayoccos.

Pergolese escribió su *Stabat* para dos voces (soprano y contralto) y dos violines; mas después de su muerte, el gran Paesello juzgó que no era indigno de su alta fama poner la mano sobre la música de Pergolese, cambiando el acompañamiento en muchas estrofas é introduciendo instrumentos de viento en la partitura. Es dudoso, sin embargo, que el *Stabat* primitivo haya ganado en mérito y en carácter lo que ha ganado en sonoridad y en ruido... Olvidaba que no tengo derecho á criticar lo que no entiendo.

En cuanto al *Stabat* de Haydn, compuesto para cuatro voces y orquesta, preciso es reconocer que, á pesar de su innegable mérito, no ha alcanzado tanto valor artístico como muchas de sus sinfonías y oratorios, y hoy casi no es conocido sino como obra de estudio por los músicos aficionados á los clásicos.

El *Stabat* de Rossini, que apareció en 1841, ha suscitado vivas polémicas entre los inteligentes.

No puede negarse que es, en su factura y en su conjunto, más brillante, más variado y, si puede decirse así, más deslumbrador que el de Pergolese; pero hay que tener en cuenta que Rossini ha traído á su obra todos los elementos de la música moderna, de lo cual huyó Pergolese, á fin de no desnaturalizar el carácter sencillo y elevado de la composición, que bajo este punto de vista es muy superior á la del maestro de Pesaro.

Así y todo, se ha creído ver en el *Stabat* de

Pergolese algo como lejana reminiscencia de la *Serva padrona*, del mismo autor. Si el Padre Martini, que fué quien más censuró este defecto, hubiese oído el *Stabat* de Rossini, se habría escandalizado con mayor fundamento, al considerar que no se encuentra en él nada que refleje la verdad y la sencillez de la inspiración cristiana, por más que se esfuerzase el maestro en elevarse hasta ella en tres de los principales pasajes de su obra. En todos los demás se revelan el genio y la originalidad del músico, pero se echa de menos la fe del católico. Parecen fragmentos de ópera, arrancados de la partitura profana para acomodarlos á la letra del canto sagrado.

Si yo entendiera de estas cosas, me atrevería á exponer mis ideas propias sobre el asunto; pero como no entiendo, lo mejor es dejarlo é ir con la música á otra parte.

He visto en esquinas y periódicos anunciado un libro nuevo, cuyo sólo título le hace repulsivo á toda persona medianamente timorata ó tíbiamente católica.

No seré yo quien repita aquí ese título, contribuyendo al escándalo, que es lo que parece se busca para fomentar la venta de ciertas mercancías literarias que no tendrían salida de otro modo.

Si lo traigo á cuento, es tan sólo para deplorar que tales libros puedan imprimirse y venderse al amparo de las leyes, y para dar la voz de alerta á los padres de familia, á fin de que establezcan una rigurosa aduana en sus hogares contra ese contrabando de corrupción y de inmoralidad.

No acabo de comprender la lógica de nuestra Administración. Por razones de policía urbana y de higiene pública, se prohíbe arrojar inmundicias en las calles; y no hay ordenanzas ni bandos que prohiban, en nombre de la higiene moral y de la decencia de las costumbres, ensuciar las esquinas con esas inmundicias literarias.

Lo mismo digo de ciertas estampas y caricaturas que se exponen á la pública curiosidad en cien puntos distintos de la Corte. Pero, señor, ¿para qué sirven los barrenderos y las mangas de riego?

No porque tenga inmediata relación con las ofensas á la cultura, sino porque me ha venido en mientes mencionarlo ahora, quiero dar una noticia importantísima á mis lectores. Hace ya ocho días que se ha fijado en los sitios de costumbre el cartel anunciando la nueva temporada de toros en la Plaza de Madrid.

A estas fechas es posible que no queden ya localidades disponibles para la primera función, que se verificará el domingo de la próxima Pascua.

En Cartagena se han adelantado.

Y por cierto que han sabido dar al espectáculo nacional atractivos y emociones nuevas, que sin duda servirán de estímulo á la empresa de la Plaza de Madrid para no dormirse sobre sus laureles y proporcionar «al ilustrado público que tanto nos favorece» (estilo de contaduría) algunas novedades y peripecias dramáticas que den más interés á la fiesta, sin quitarle su carácter tradicional.

Porque eso de capear toros á la *verónica* ó á la *navarra*; eso de picarles en tal ó cual forma, pero siempre lo mismo; eso de saltarles al *trascuerno* ó con la *garrocha*; eso de *parearles al relance* ó á la *media vuelta*; eso de matarles *aguantando*, *recibiendo*, á *volapuk*... (digo, á *volapié*, que esa otra palabra pertenece al toreo lingüístico y ateneista; todas esas suertes, digo, son seguramente de indisputable mérito artístico, pero ya no bastan á satisfacer la sed de emociones que seca las fauces del público aficionado.

En Cartagena se ha hecho algo, si no completamente nuevo (porque en el mundo de Copérnico, como en el de Pepe Hillo, *nil novum sub sole*), por lo menos poco practicado en estas lides de la inteligencia contra la fiera, ó mejor dicho, de la *sustancia gris* contra la *sustancia córnea*.

En Cartagena se ha visto lo que probablemente no se verá en Madrid, si un azar de la suerte no lo dispone. Se ha visto correr el toro, primero por el redondel, después por el callejón, luego por el tendido; y se ha visto matar á ese mismo toro por una suerte nueva, que se llamará para lo sucesivo *en concurrencia*, puesto que el público mismo ha tomado parte en el trasteo, estoqueamiento y puntillazo del bicho, hasta hacerle *exhalar el último suspiro*, según la frase de un revistero de toros de Madrid, consignada hace algunos años.

En fin, veremos si se piensa en introducir algunas reformas en las corridas de la Corte. De otra manera (sinceramente se lo digo a la empresa), corremos el riesgo de ver el *espectáculo nacional* humillado y vencido en la competencia que se le viene haciendo, con más fortuna que patriotismo, por algunos autores dramáticos... *Caveant consules*.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL

LAS reformas tanto tiempo anunciadas, y con tan vivo afán esperadas acerca de Irlanda, están por fin discutiéndose en estos mismo días en las Cámaras inglesas. Gladstone ha cumplido al fin su palabra y ha propuesto un medio eficaz de mejorar la situación de la pobre nación irlandesa, sacrificada durante cuatro siglos a la ambición de la protestante Albión, enriquecida, como la antigua Roma, con los despojos de las naciones subyugadas por su política insaciable y despótica. Según lo que nos comunica la prensa de Londres, la base primordial del proyecto de Gladstone consiste en conciliar la unidad del Imperio británico con la diversidad de Parlamentos. No cabe dudar de que esto es posible en la práctica al ver lo que sucede en Suecia y Noruega, y en Austria-Hungría, donde la diversidad de Parlamentos no destruye la unidad esencial de la Monarquía.

El nuevo Parlamento irlandés quedará sujeto a todas las prerrogativas de la Corona, y se dividirá en dos Cámaras. La Cámara alta se compondrá de 28 lores irlandeses, que actualmente tienen asiento en la Cámara de los Lores, y de 75 senadores, elegidos por diez años por un cuerpo electoral, formado de personas que paguen por lo menos 25 libras esterlinas de contribución anual. Para ser elegido senador, habrán de pagarse lo menos 200 libras esterlinas de contribución anual. La Cámara de Diputados se compondrá de los 103 diputados irlandeses, que actualmente tienen asiento en la Cámara de los Comunes, y de otros 103 representantes, elegidos ahora por igual sistema que el que rige para el Parlamento británico.

Irlanda contribuirá con un quinceavo a los gastos imperiales, y sus Parlamentos no podrán durar más de cinco años.

Una injusticia notoria, propia de su fanatismo anticatólico, comete Gladstone al insistir en que se prive al Parlamento irlandés del derecho de declarar que la Religión Católica es la del Estado y de establecer dotaciones en favor de ningún culto. Pero hoy lo importante es alcanzar la autonomía legislativa para Irlanda, que lo demás se obtendrá poco a poco, y no ha de ser lo último que se obtenga lo que Gladstone niega más resueltamente ahora.

También establece el proyecto que los diputados y los lores irlandeses no conserven sus puestos en el Parlamento británico, lo cual parece injusto, puesto que si bien es cierto que dichos diputados y lores no tienen derecho a discutir los asuntos referentes única y exclusivamente a Inglaterra y a Escocia, es indudable que lo tienen a discutir los de interés general de la Monarquía y los que se refieren a las relaciones entre Irlanda, Inglaterra y Escocia.

Pero en resumen, el proyecto de Gladstone contiene el principio fundamental de que Irlanda se gobierne por leyes propias, y como afirma *El Daily News*, único periódico de Londres que defiende la obra de Gladstone: «Cuando un grupo de hombres de Estado responsables, con el más grande ministro de la época a la cabeza, ha declarado que Irlanda debe hacer ella misma sus propias leyes, la adopción del principio de semejante proposición no es más que cuestión de tiempo.»

Con esto queda dicho que la oposición que ha encontrado el proyecto en Londres, ha sido y es ridícula; los ingleses no se conforman con la idea de soltar a Irlanda de la esclavitud en que por tantos siglos la han mantenido.

Ya veremos lo que resulta del debate que en estos momentos se mantiene en el Parlamento inglés; de todos modos, aunque la obra de Gladstone fracase ahora, habrá dejado su huella en el camino de la emancipación de Irlanda.

Tenemos la cuestión de Oriente apaciguada según los últimos despachos telegráficos. Los embajadores de las grandes potencias, reunidos en Constantinopla, han convenido en cerrar el protocolo y ratificar el arreglo turco-búlgaro, comprendiendo en él la renovación quinquenal. Al mismo tiempo, la Puerta ha dirigido a Sofía una especie de *ultimatum*, obligan-

do al príncipe a someterse a la unánime representación de Europa.

No parece que el príncipe Alejandro se mostró en un principio dispuesto a abandonar su actitud hostil, sino que, por el contrario, se aseguró que respondería a la Puerta en términos que excluirían toda idea de conciliación.

Telegramas posteriores dicen que se ha sometido a regañadientes, esperando mejor ocasión de alzarse contra la imposición de las potencias. Ciertamente que es raro y anormal, por no decir ridículo, el hacer ratificar solemnemente por terceras partes un acuerdo que ha cesado de existir entre las partes interesadas. Añaden que la conferencia podrá muy bien, en sus protocolos, revestir el arreglo Kiamil-Tsanof de la fórmula ejecutoria, pero que se puede preguntar quién se va a encargar de asegurar esta ejecución.

Por ejemplo, el convenio dispone la revisión del estatuto orgánico de la Rumelia por una comisión mixta turco-búlgara. Es muy probable, según ellos, que el príncipe rehuse tomar parte en este trabajo, y no se ve cómo, en tal caso, ha de cumplirse una de las cláusulas esenciales del acuerdo.

En otros términos, una considerable parte de la opinión cree que la sanción del tratado turco-búlgaro por la conferencia, no arreglará definitivamente la cuestión, sino que, por el contrario, traerá otras nuevas y más graves complicaciones.

Lo de siempre: en la cuestión de Oriente no hay solución definitiva posible mientras subsista el Imperio turco de Constantinopla. Esta es la madre del cordero.

Pacificación religiosa de Alemania.

He aquí otra de las cuestiones de actualidad que embargan la atención general. Las noticias, según su procedencia, son optimistas ó pesimistas. Las más probables son las primeras, porque parece empeño del Emperador el no morirse sin dejar arreglada esta cuestión, que tal vez inquieta su conciencia. Las últimas noticias pueden reducirse a las siguientes:

El señor von Schloezer, representante de Prusia cerca de la Santa Sede, ha llegado en efecto a Berlín, y es portador, según asegura la *Germania*, de pliegos que contienen el *ultimatum* de las concesiones que el Papa ofrece al Gobierno de Prusia.

El señor von Schloezer ha tenido varias entrevistas con el Canciller y el ministro señor von Gosslen; pero nada se dice todavía de cuándo podrá ocuparse nuevamente la alta Cámara en las nuevas leyes político-religiosas.

El Obispo de Fulda, doctor Kopp, ha regresado a su diócesis; lo que parece también indicar que ha presentado asimismo su *ultimatum* y que esperará en su propio campo la contestación categórica.

Según el *Kölnische Zeitung*, obedeciendo a los deseos de elevadísima persona, celebrará la Cámara de los Senadores de Prusia su sesión en pleno a mediados de la próxima semana, y en ella será discutida la cuestión religiosa.

El *National Zeitung* dice, por su parte, que el señor von Schloezer permanecerá en Berlín dos días solamente.

La *Germania* termina sus noticias con estas palabras:

«Los ataques que ahora de nuevo dirige la prensa protestante de todos los matices contra el Papa y los Obispos, son síntoma de la salud del Estado de Prusia.»

«Nosotros los católicos formamos la tercera parte de la población de Prusia; nuestros derechos sobre el territorio de Prusia son más antiguos que el Estado prusiano brandenburgoense, y no hemos sido nosotros admitidos en ese Estado sin libertad y sin derechos. El Estado, hoy, y lo mismo desde hace quince años, quiere conservar contra nosotros determinadas leyes que no existen en ningún país del mundo.»

Podríamos llenar columnas y más columnas con todo lo que sobre este asunto dice la prensa extranjera; pero sería cansar sin fruto la atención de nuestros lectores. Por hoy no se sabe más. Quiera Dios que pronto sepamos algo más definitivo.

Cuestión socialista.

La epidemia — que de tal debe calificarse — continúa extendiéndose y haciendo estragos.

De Bélgica, donde el mal se ha cebado con furor inaudito, dicen lo siguiente:

«Lo que hay de más grave en todo esto, es que no se ve el fin de esta situación. Los periódicos han recibido la orden de tranquilizar a todo trance, propalando noticias buenas, pero en el fondo el mal continúa siendo grave. Los soldados continúan matando, ó hirviendo ó prendiendo huelguistas; pero éstos son numerosísimos, y la tropa escasa. Nos

hemos dirigido a M. de Thomson en demanda de socorro. El ministro ha levantado las manos al cielo, respondiendo que no podía hacer nada. «Procuren ustedes armarse, añadió, y maten a todo el que se presente.»

Hasta aquí la carta, escrita desde un palacio situado en las inmediaciones de Jemappes.

Como es natural, en la vecina Holanda el contagio era inevitable, y así vemos en los periódicos de aquel país la triste noticia sanitaria de que comienza a manifestarse el movimiento socialista obrero que tantas calamidades y desgracias viene produciendo en varias naciones europeas, y en el distrito de Dewenter (provincia de Overysse), se han declarado en huelga los trabajadores, a causa de habérseles disminuido sus salarios.

La actitud de los obreros es amenazadora, dice un diario de El Haya, y por tanto, ha sido preciso reforzar los puestos de policía, y además se ha llamado a la guardia cívica, con objeto de sostener el orden, y se mandan también destacamentos de húsares a aquellos sitios.

La situación de Francia no puede ser más alarmante. La huelga de Decazeville, alentada por varios diputados y algunos periodistas, no lleva traza de concluir, sino de agravarse. Así se explica que, a pesar de las pocas simpatías del Gobierno en la Cámara popular, obtuviese el día 10 una votación de 435 votos contra 65 en la orden del día sobre la prisión en Decazeville de los periodistas Quercy y Roche, y sobre la limitación de la licencia que disfruta el diputado Barilly, que se halla en aquel departamento excitando a los obreros a la revolución.

Por último, telegrafían de Nueva York con fecha 9 que los desórdenes socialistas de Bélgica se han repetido en San Luis, donde desde hace días estaban en huelga los obreros de la red de ferrocarriles de Gould-South Western.

«Esta mañana, dice, gran número de los trabajadores que habían reemplazado a los huelguistas fueron atacados por éstos.»

«Los trabajadores hicieron entonces fuego contra los huelguistas, siguiéndose una confusión espantosa. Los trabajadores mataron a una mujer y a seis hombres é hirieron a una porción de huelguistas más.»

«El populacho se amotinó entonces, y lleno de frenesí acometió a los trabajadores. La lucha ha sido larga y terrible.»

«Cuentanse algunas docenas de muertos y muchos heridos.»

«El populacho quedó victorioso, y a la fecha de los últimos telegramas recorría las calles de la ciudad, sembrando el desorden y el terror a su paso.»

Tal es la triste situación de las clases obreras, privadas de los consuelos de la religión y alentadas por las iras de la demagogia.

Tenga el Señor misericordia de esta sociedad moderna, que al volver la espalda a la Iglesia se ha arrojado en brazos de la locura y de la desesperación.

Y nada más por hoy.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 10 de Abril de 1886.

EARAMENTE me ocupo en las cosas del Gobierno italiano, a no ser que estén relacionadas con los supremos intereses del Pontificado ó con el desarrollo del arte; pero creo que hoy sería llevar a la exageración el propósito de no meterme en política, si no hiciera mención de la grave crisis que atraviesa el Gobierno del Quirinal. El Sr. Depretis está muy viejo, pero aun más que por la edad parece imposible siga al frente del Gobierno de su país por el largo tiempo que ya dura su mando; muchas veces se esforzaron sus adversarios políticos en crearle dificultades para ver si le obligaban a dimitir; pero, habiéndose como es, ha llegado a cansar a sus mismos adversarios, pues todo lo arregla con una crisis parcial que satisfaga a las exigencias del momento, y aunque sacrificando a los compañeros que han tenido la mala suerte de ser blanco a los ataques de la oposición parlamentaria, le permita a él seguir disfrutando los honores de Presidente del Consejo de Ministros. Es verdad que ahora los ataques se dirigen a su misma persona y lo que se intenta es persuadir al Rey que el país desaprueba toda la conducta del partido que acaudilla el Sr. Depretis, pues las oposiciones parecen haber adoptado el sistema obstruccionista que envuelve un voto permanente de desconfianza al Gabinete: con efecto, hace tres días, había número suficiente en la Cámara para

la aprobación de proyectos de leyes; se propusieron varios de ninguna importancia y fueron aprobados desde luego; pero en cuanto el Gobierno quiso aprovechar la ocasión para someter á los diputados otros proyectos de mayor interés é implícita aprobación de su política, la Cámara ya estaba desierta, sólo habían quedado los encargados de exigir se contase si había número legal para votación de leyes, y, como no lo había, el Gobierno hubo de convencerse que no merecía ya las simpatías de la mayoría de la Cámara; inútilmente dirigió órdenes telegráficas á sus amigos, que son individuos de la Cámara y estaban ausentes de la capital, para que se presentaran inmediatamente en Roma; pues tampoco los jefes de las varias fracciones oposicionistas se quedaron dormidos, el número de diputados presentes en Roma subió á muy cerca de quinientos; pero poco ó nada varió la situación del Gabinete. Tal vez el Rey Humberto hubiera deseado confiar la formación de un nuevo ministerio al Conde de Robilant, con lo cual iba á explicarse el empeño que había tenido el otoño pasado de llamarle á su lado y nombrarle ministro de negocios extranjeros; pues este diplomático hubiera servido de puente, por decirlo así, para la vuelta de la derecha monárquica á la dirección de las cosas públicas; pero el chasco que se llevaron últimamente los italianos en Abisinia con el fracaso de la misión del general Pozzolini, indispuso los ánimos contra Robilant, que autorizó dicha misión contra el parecer del ministro de la Guerra; por eso no encuentra tampoco fortuna la combinación de un Ministerio Nicotera-Robilant, y ya parece no quede más remedio que el de la disolución de la Cámara, por si no se quiere despedir en absoluto al actual Ministerio é inaugurar otra política: quizá el telégrafo pueda adelantar la resolución del Rey antes de que esta carta llegue á Madrid.

Con todo, la situación interna de Italia no deja de ser gravísima, cabalmente en los instantes mismos en que su desdichada política colonial ha dado tan malos frutos y sus relaciones con otras potencias de Europa son bastante tirantes. Su frialdad con Alemania obedece principalmente al desagrado con que ve prosperar las negociaciones de la Santa Sede con Prusia, y por cierto parece que el desdén de Italia ha de rayar muy alto, pues se me asegura que la cuestión político-ecclesiástica alemana puede darse por arreglada en su fondo. No se habrá olvidado, supongo, que en una célebre carta dirigida por Su Santidad en 1880 al entonces Arzobispo de Colonia y hoy Emmo. Cardenal Melchers, se consignó la disposición en que estaba la Santa Sede de autorizar á los Prelados de Prusia para la aceptación de la obligación de notificar previamente al Gobierno los nombramientos que hiciere en el bajo clero, con el fin de que recayesen en personas gratas al mismo Gobierno; pero la concesión de semejante autorización la Santa Sede la sujetó desde un principio á la revisión de las leyes de Mayo, y claro está que el Papa aludía á una revisión completa; el príncipe de Bismarck, sin embargo, aparentó creer que la Santa Sede ya estaba obligada á otorgar ahora dicha autorización, en vista de las modificaciones que se van á introducir en la malhadada ley de Mayo, y como otra cosa opinaba Su Santidad, por no haber recaído acuerdo sobre una *completa* revisión de la ley ecclesiástica, fué menester emprender otras negociaciones con el fin de introducir ulteriores modificaciones en el proyecto de ley que se está discutiendo en la Cámara de los Señores de Berlín; á esto obedece el reciente viaje del Sr. Schloezer, ministro de Prusia cerca de la Santa Sede, repentinamente llamado á Berlín por el gran Canciller: aquí generalmente se cree que la Santa Sede va á obtener nuevas ventajas, en vista de las cuales aceptará, á lo menos momentáneamente ó sea respecto á los nombramientos que han de hacerse en la actualidad, la obligación de notificarlos previamente al Gobierno.

Se espera que el Sr. Schloezer regrese á Roma de un día á otro y sea portador de buenas noticias. Una bonísima, por su especial significación, ha empezado á propagarse ayer en los círculos del Vaticano: trátase de un soberbio regalo que el Emperador Guillermo ha anunciado al Papa, y ha de consistir, según dicen, en un pectoral de diamantes; pero á fuer de español, y atendiendo á que el obsequio del Emperador de Alemania está motivado por el éxito feliz de la mediación encomendada á Su Santidad en el consabido asunto de las Carolinas, no puedo ocultar que al recibir la primera noticia de ese regalo al Papa pregunté con mucho calor por si había comunicación de que España tratase hacer otro tanto para con el augusto mediador, y por cierto me quedé muy frío al ver que no se tenía noticia de ello. No pierdo la esperanza de que la hidalguía de mi país quede en buen lugar: el nue-

vo embajador de España, Sr. Groizard, ha presentado hoy sus letras credenciales al Padre Santo, y la noticia ha cundido de que era portador de una carta autógrafa de S. M. la Reina Regente para Su Santidad; no sería extraño que nuestro embajador trajera también el anuncio de lo que va á hacer España para manifestar su gratitud al Padre Santo. Los periódicos liberales de esta capital anunciaron que el domingo último Su Santidad había bendecido una *rosa de oro*, destinándola á la Regente de España, como en su día hizo Pío IX con la Reina Isabel II; pero la noticia no tenía fundamento, pues sabido es que desde 1870 se ha suspendido la costumbre de bendecirse la *rosa de oro*, por no celebrar el Papa las funciones que antes en la Sixtina, siendo una de ellas la del cuarto domingo de Cuaresma. Los citados periódicos liberales señalaron la hora en que decían haberse celebrado tal función, determinaron los asistentes y hasta dijeron que «la música había estado medianilla.» El *Osservatore Romano* aprovechó la ocasión para desautorizar á dichos periódicos en cuanto dicen y refieren respecto al Vaticano, y bueno sería que tampoco en nuestro país se les hiciera ningún caso.

J. M.

LOS GRABADOS

MARÍA SANTÍSIMA AL PIE DE LA CRUZ

(Cuadro de H. de Rokch).

Este precioso cuadro, ejecutado en Roma en 1884, mereció los mayores elogios de los críticos y el aplauso unánime del público piadoso, que en materias de arte es á veces más competente que los sabios. No nos detendremos á describirlo, porque está á la vista; lo único que debemos añadir es que está inspirado en los buenos modelos antiguos.

La pintura contemporánea que más alta se eleva es aquella que bebe su inspiración en la verdad cristiana y en las escenas evangélicas. Y si este cuadro no basta para prueba; he aquí otro, también de la escuela contemporánea, que puede competir con las obras más insignes de la pintura. Como hemos dicho muchas veces, el plantel de la religión nunca se agota; en él hallan siempre los verdaderos artistas nuevos asuntos de inspiración y nuevos títulos á la gloria del arte. En cambio, las obras que produce el grosero materialismo mueren como la materia que las inspira y nunca alcanza á sus autores más que una efímera y triste celebridad.

CRISTO ANTE PILATOS

(Cuadro de M. Munkassy).

Este célebre cuadro, que hizo memorable por sí solo la Exposición de Buda-Pesth de 1882, es una de las obras más notables de la pintura contemporánea. Jesucristo, en el centro de la composición, está de pie, sereno y humilde, maniatado, vestido con larga túnica blanca, dirigiendo miradas de compasión á sus verdugos y acusadores; Pilatos, el cobarde gobernador romano, aparece sentado bajo sombrío pórtico, en silla curul que se levanta sobre una gradería de cuatro peldaños; al lado se ven los viejos fariseos, unos en actitud reposada, otros amenazando al Justo con gestos que revelan su saña vengativa; en el fondo del Pretorio, bajo el severo arco de entrada, se agrupa la furiosa plebe, que pide la muerte y crucifixión de Jesús; á lo lejos, á través de una columnata, se columbran los muros y casas de Jerusalén.

Además de las figuras de Jesús y de Pilatos hay otras secundarias que llaman la atención del observador: el anciano fariseo que mantiene la acusación, el árabe que reclinado sobre la pared mira todo aquello con curiosidad y asombro y la mujer que lleva en brazos un hijo y contempla con dulce conmiseración al acusado.

El insigne artista húngaro ha empleado en sus figuras los trajes modernos, por lo cual algunos críticos le han censurado; pero ¿qué decir entonces de nuestros grandes pintores del siglo XVI, que vestían sus personajes, fuesen de donde quisiera, con los trajes de sus contemporáneos? Este es pequeño defecto, atendida la importancia de la obra, que valió á su autor un triunfo, como no se ha visto igual, en el Imperio austro-húngaro.

Munkassy es autor de otros dos célebres cuadros: el *Ultimo día de un condenado á muerte* y *Milton dictando El Paraíso Perdido*.

R. P. M. FR. SANTIAGO M. MONSABRÉ, DOMINICO,
PREDICADOR CUARESIMAL EN NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Nació este ilustre orador en la diócesis de Orleans, el 10 de Diciembre de 1827. Educado cristianamente, mostró desde su niñez decidida vocación al estado eclesiástico, que abrazó con entusiasmo, después de seguir los estudios correspondientes en el seminario de Orleans. Su talento, su aplicación, su elocuencia arrebatadora y sus grandes virtudes, le colocaron en primera línea entre los clérigos de su diócesis, por lo cual el Obispo Dupanloup fijó en él la atención y lo destinó á formar, con otros sacerdotes de su clase, un colegio de misioneros diocesanos.

El abate Monsabré hizo en este nobilísimo encargo el no-

viciado, por decirlo así, de su profesión oratoria, atrayendo al rededor de su cátedra á multitud de incrédulos, que por admirar su elocuencia cayeron en las salvadoras redes de tan fecundo apostolado.

Veintinueve años tenía cuando el 1.º de Mayo de 1856 profesó en Flavigny en la Orden de Predicadores, hacia la que le arrastraban su entusiasmo por la teología de Santo Tomás y su vocación por el púlpito.

Al año siguiente, de 1857, comenzó á predicar en el convento de su Orden en París las conferencias de *Introducción al dogma católico*, las cuales continuaron en los de 1858, 1863 y 64, y fueron publicadas en dos volúmenes en 4.º, con un prólogo del autor.

El Arzobispo de París, que tuvo ocasión de conocer y admirar las dotes oratorias del sabio dominico, le llamó á predicar las conferencias de Adviento de *Nôtre-Dame* en 1869, que hasta entonces habían corrido á cargo del desgraciado ex Padre Jacinto.

El efecto que causaron estas conferencias, intituladas *Concilio y Jubileo*, es indescriptible: la prensa de París de todos matices pagó tributo de admiración al elocuente dominico, que desde el primer día de su predicación logró ponerse á la altura de sus gloriosos predecesores en la cátedra de *Nôtre-Dame*.

La cual tuvo que enmudecer ante los tristes sucesos que ensangrentaron y deshonraron á París, y sobre los cuales debemos echar aquí un velo, porque harto patentes están en la memoria de todo el mundo.

El alma noble y generosa del padre Monsabré no pudo ser indiferente á estas desgracias, y al emprender de nuevo su predicación en el Adviento de 1872, desplegó la bandera el *Radicalismo contra el radicalismo*, arrebatando al auditorio con los acentos de su palabra enérgica y valerosa. Forman parte de estas conferencias, impresas en un volumen, la intitulada el *Miserere* de la Francia y el sermón del Sagrado Corazón para levantar el templo de Montmartre, en desagravio al Omnipotente por los crímenes de la revolución.

En 1873 comenzó las conferencias cuaresmales que antes habían corrido á cargo del ilustre Padre Félix, y que tienen por objeto la *Exposición del dogma católico*, las cuales continúan al presente, formando ya un monumento apologetico de la verdad cristiana y de los triunfos de la Iglesia.

Las de la presente Cuaresma son superiores si cabe á las de los años pasados, y la concurrencia es extraordinaria, siendo consideradas aun por los profanos como un verdadero acontecimiento.

La cuarta conferencia del sabio dominico versó sobre los derechos del sacerdote, derecho del respeto á la vocación, derecho á la completa libertad de sus funciones y derecho á vivir del público servicio que presta.

El padre Monsabré es autor además de siete series de *Meditaciones sobre el Rosario*; un libro intitulado *Oro y liga en la verdadera devoción*, y un *Mes del Rosario ó de los Frutos* como complemento del de las flores.

La vida íntima del docto dominico se parece á la de todos sus hermanos: mucha oración, mucho estudio y mucho trabajo en la dirección de las almas. Ha sido superior del convento de Santiago de París, y es predicador general y maestro de teología, dignidad á que llegan muy pocos.

El padre Monsabré es afable en el trato, dulce y persuasivo con todos, entusiasta de las glorias de su Orden, y sobre todo de Santo Tomás, en cuyas obras está empapado.

EL MISTERIO DE NUESTRA REDENCIÓN



QUEL en quien todo ha sido hecho como prototipo de la creación, vino, pues, á rescatarnos: Aquel que es la perfecta imagen del Padre y á cuya semejanza hemos sido hechos, vino á reparar en nosotros esta imagen alterada. Vino sin gloria exterior, sin consideración, como el ser más pobre, más débil y más humilde que jamás hubo sobre la tierra, y en calidad de hijo de la más humilde de las mujeres; vino como el cordero que toma sobre sí los pecados del mundo, para llevar El solo todo el peso y sufrir todo el castigo. Viene sin belleza y sin brillo. Nosotros le hemos visto, y como no tenía nada que llamase la atención, le hemos desconocido; nos ha parecido un objeto de menosprecio, el último de los hombres, el varón de Dolores que sabe lo que es sufrir. Su cara estaba como oculta, parecía menospreciable y le hemos desconocido. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras angustias y cargó con nuestros pecados; le hemos considerado como un leproso, como un hombre herido por la mano de Dios y humillado. Ha sido cubierto de heridas por nuestras iniquidades y desgarrado por nuestros crímenes; el castigo, condición necesaria de nuestra paz, ha caído sobre El, y nosotros hemos sido curados con sus contusiones. Andábamos errantes como ovejas descarriadas, cada uno se había separado para seguir su propio camino, y Dios ha hecho pesar sobre El la iniquidad de todos. Ha sido ofrecido porque El lo ha querido; no ha abierto su boca y será conducido á la muerte como oveja al matadero, y permanecerá en silencio como el cordero delante del que le esquila. Ha muerto en medio de los dolores y ha sido condenado por los jueces. ¿Quién contará su generación...? El Señor ha querido aplastarle bajo el peso de los dolores. Cuando haya dado su

vida por el pecado, verá a su raza durar mucho tiempo, y la voluntad de Dios se cumplirá dichosamente por Él... Con su doctrina, mi siervo, que ya es justo, se justificará mucho más, y El mismo llevará sus iniquidades."

Así describe el profeta la pasión del Salvador, y sus palabras son más bien un evangelio de lo que ha sucedido que una predicción para lo por venir. Debía ser el nuevo Jefe del género humano, y por esto era preciso que cumpliera toda la ley, porque toda su vida no ha sido más que una larga pasión para expiar nuestros pecados, desde el primer instante de su nacimiento hasta la consumación de su sacrificio por la muerte de cruz; y, finalmente, porque tomó sobre sí, verdadero eje del mundo y nuevo Padre del género humano, los dolores que tenían que sufrir los hombres por sus pecados. La muerte es el saldo del pecado; todas sus consecuencias, todas las penas, angustias y congojas de la vida, tienen su punto de concentración en la muerte. Nada hay en que la justicia divina se haya apoderado tan profunda y visiblemente del hombre como en las angustias y agonía de la muerte, ante la cual tiemblan todas las criaturas de espanto. Nada hay que sea tan naturalmente la pena del pecado como la muerte; si rompe tan violentamente todos los lazos que unen el alma a su cuerpo y a la tierra, es porque el pecado cortó violentamente el lazo que unía al alma con Dios. El Salvador se entrega voluntariamente a la muerte, porque su amor es fuerte como la muerte misma. La más terrible expresión de la justicia divina se convierte en el acto más sublime de su amor; su más profundo sufrimiento es, al mismo tiempo, su acto más grandioso. Al mismo tiempo que sacrificaba su propio cuerpo, clavaba en la cruz el cuerpo de la humanidad, el cuerpo de la muerte en que habitaba el pecado. El ha hecho pasar nuestra naturaleza por la llama purificadora y expiatoria de su holocausto, y la ha sumergido en el baño santificante y saludable de su sangre, a fin de que salga de él regenerada y limpia para la vida eterna. De la llaga de su costado ha salido su Iglesia, y de la sangre de su corazón ha sido formado el cuerpo de la nueva humanidad. «Todo, dice San Gregorio de Nazianzo, ha sido reunido en un Hombre-Dios para reparar todo lo que había sido arruinado en nuestro primer padre. El alma, a causa del alma que había desobedecido; la carne, a causa de esta carne que, por haber sido el instrumento de las concupiscencias del alma, fué condenada al mismo tiempo que aquélla; Cristo, en fin, ha aparecido a causa de Adam, es decir, el que está infinitamente elevado por cima del pecado a causa de aquel que estaba bajo la ley del pecado. Así, por todas partes, lo nuevo sustituyó a lo antiguo, y el sufrimiento reintegró al que había sufrido en su primer estado; a cada objeto terrestre substituyó una cosa celestial: hemos tenido a la Virgen por Eva, a Belén por el Edén; al pesebre por el Paraíso... El contraste se presenta por todas partes; árbol contra árbol, mano contra mano. Aquí la mano que se extiende con paciencia; allí la que se extiende para servir a la concupiscencia; aquí la mano atravesada por los clavos; allí la que va en busca de sensaciones voluptuosas; de un lado la mano que une las extremidades de la tierra, y del otro la que arroja a Adam del Paraíso. La elevación es opuesta a la caída; la vinagre y la hiel a la sensualidad y la glotonería; la corona de espinas a la dominación abusiva; la muerte a la muerte; las tinieblas a las tinieblas; la sepultura a la vuelta al polvo. En fin, la resurrección de Cristo es la prenda de la nuestra.»

Así es como comprendemos la pasión del Salvador y su importancia profunda, inmensa, universal. Lo que el hombre ha sembrado es preciso que sea recogido por él; el fruto amargo del pecado ha madurado ya, y era necesario probarle. ¡*Ecce homo!* exclama el Gobernador romano, sin comprender el sentido profundo de la palabra que pronunciaba; he aquí al hombre en el sentido eminente de la expresión, al hombre que representa en su persona a toda la raza humana, como en otro tiempo estuvo representada en Adam; he aquí al que es toda la humanidad, cuyos pecados ha tomado sobre sí, y por la cual sufrió la pena merecida por el pecado. Ved el contraste. Colmado de los beneficios de Dios, el hombre perverso y pecador se había alejado de Él y le había hecho traición; Judas, también se aproxima a Jesús y le hace traición con un beso. He aquí al hombre que por el pecado había negado a Dios obediencia, y se había sublevado contra su Señor y su Dios. Y habiéndole atado le llevaban arrastrando por las calles de la ciudad de tribunal en tribunal. He aquí al hombre que se deja arrebatar por la cólera, que no sabe perdonar ninguna injuria ni sufrir ninguna humillación. Un infimo sirviente hiere a Jesús en la cara, y después le pone en las manos una caña a guisa de cetro; se le teje

una corona de espinas, cuyas puntas taladran su cabeza; se le escupe y se hace mofa de Él. He aquí al hombre, sus ojos ávidos ansían el mundo y sus placeres. Después de haberle vendado los ojos, los sayones le herían en la mejilla y le decían por burla: «Profetiza quién te ha herido.» He aquí al hombre que ha querido hacerse igual a Dios, y conocer el bien y el mal. Herodes con sus cortesanos se mofaba de Jesús como de un insensato, y le devolvía vestido con un manto de escarnio. He aquí al hombre cuya ambición no conoce límites. Pilato libró a Barrabás que era un asesino, y entregó a Jesús a la infamia de la cruz. He aquí al hombre que dice: «Llevaré mi trono por cima de las estrellas y seré igual al Altísimo.» Ellos doblaban la rodilla y exclamaban: «Salud al Rey de los judíos.» He aquí al hombre que no se ha cansado de manchar su cuerpo con el lodo del pecado. Pilato le hizo prender y azotar; se podían contar todos sus huesos, y desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza no era su cuerpo más que una llaga. He aquí al hombre que entregó su corazón a la criatura y olvidó al Creador. Le despojaron de sus vestidos y echaron suertes sobre su túnica. He aquí al hombre cuyas manos se extendieron hacia el pecado y cuyos pies marcharon por los caminos de la injusticia. Le crucifican y le clavan de pies y manos. He aquí al hombre que ha buscado su vida y felicidad en el pecado. Sufrirá la muerte más ignominiosa. He aquí al hombre que ha sido sensual y desordenado en la comida y bebida. Le dan a beber hiel y vinagre. He aquí al hombre a quien ha abandonado Dios. Es preciso que experimente ahora la angustia mortal de la criatura que ha perdido a Dios. A la hora nona lanzó un grito y exclamó: *Eli, Eli lamna sabacthani*; es decir, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?

«¿Es posible, exclama San Cirilo de Alejandría, que el Verbo engendrado por el Padre se haya visto privado del socorro del cielo?» No, absurdo sería pensarlo. — Pero Adam, nuestro primer padre, desobedeció el precepto divino y sacudió el yugo de la ley de Dios, por lo cual la naturaleza humana cayó en el abandono de Dios, y fué cargada con el peso de la maldición y sometida a la muerte: el Hijo de Dios descendió a la tierra para levantar nuestra decaída naturaleza, tomó nuestra carne como descendiente de Abraham y se hizo nuestro hermano. Al mismo tiempo que la antigua maldición y decadencia, debía cesar también el abandono de Dios en que desde el principio se encontraba el género humano. He aquí por qué Cristo fué del número de los desamparados, y por qué, a fin de hacer cesar este orden de cosas, exclama: ¿Por qué me habéis abandonado?»

«¿Cuál ha sido la causa de vuestra muerte, oh Hijo de Dios? exclama San Anselmo. Yo he sido el instrumento de vuestras torturas, yo la causa de vuestra muerte, yo el aguijón de vuestros tormentos, yo la razón de vuestra condenación. ¡Oh sentencia admirable, oh misteriosa disposición de la Providencia! El injusto peca y el justo es castigado; el culpable comete la prevaricación y el inocente la expía; el amo paga la deuda contraída por el esclavo; Dios toma sobre sí el mal que el hombre ha hecho. ¿Cuánto os habéis humillado, Hijo de Dios, cuán grande ha sido vuestra caridad y cuán extraordinaria vuestra misericordia! Yo estaba lleno de orgullo y Vos de humildad; yo me envanecía y Vos os despojabais; yo me negaba a obedecer y Vos expiabais mi desobediencia con vuestra obediencia. Yo pasaba mi vida en gozar, Vos en servir; yo me abrasaba en fuegos impuros y Vos en un santo amor; yo pugnaba contra el aguijón y Vos estabais delante. He aquí mi iniquidad y vuestra justicia. Señor, mi Rey y mi Dios, Vos habéis hecho todo por mí, y yo ¿qué hago por Vos?»

En efecto: todo lo que se ha mostrado hostil a la santidad de Dios, todos los pecados que se han cometido desde el principio del mundo, se ven aquí reconcentrados. En adelante todos los pecados que se cometan en el mundo, todas las iniquidades y todo el odio contra Dios no harán más que renovar la pasión del Salvador. Vemos, pues, que todas las escalas, todas las especies, todas las formas del pecado se ligan contra Jesús: el ciego fanatismo del populacho, la sabiduría y refinada perversidad de los escribas y fariseos, la negra traición de Judas y la cobarde debilidad de Pedro, el respeto humano de Pilato y el escarnio de Herodes, los ultrajes de los enemigos y la desesperación del ladrón impenitente.

Así como no hay en el cuerpo del hombre un solo miembro que no haya practicado el mal, así tampoco en el cuerpo de Jesucristo hay un solo miembro que no haya sufrido y experimentado el castigo. Ni una fibra del alma humana, ni un sentimiento del corazón del hombre estaba exento de

pecado; por eso Jesús sufrió en su alma lo que hasta entonces no había sufrido hombre alguno, porque el Señor puso sobre él los pecados de todos. Abdicando, en cierto modo, por algún tiempo la divinidad, detenía el torrente de delicias con que le inundaba la contemplación de su padre; por un efecto de su voluntad separaba su alma de todo lo que la hubiera podido consolar, y la privaba de toda fortaleza, a fin de hacerle gustar toda la amargura del dolor y beber hasta las heces el cáliz que el pecado le había preparado y que no había querido rehusar. Todos los pecados presentes y pasados, cometidos y por cometer, los de los condenados y los de los escogidos, los de los judíos y los de los gentiles, los de los pecadores y los de los santos, todo un diluvio de crímenes, de crueldades, de sangre, inunda su alma y le rodea por todas partes como una llama devoradora; los votos quebrantados é infringidos, las gracias menospreciadas, las penitencias seguidas de recaídas, la tiranía de los malos hábitos, las cadenas de los vicios inveterados tan difíciles de romper, las ilusiones amargas, la inocencia seducida, la amistad vendida, la desesperación que maldice a Dios, todo el fango de los vergonzosos placeres, etc.: he ahí las imágenes que penetran en esta alma infinitamente pura y santa, llena de amor hacia Dios y hacia los hombres, que con una mirada veía claramente hasta el fondo de la horrible malicia del pecado y la conocía en toda su maligna naturaleza. Todo esto cae y pesa sobre él a la vez, y le oprime y le atormenta, como si estos innumerables pecados proviniesen de su falta. «Mi alma, exclama bajo esta carga insoportable, está triste hasta la muerte.» Este dolor, sufrido por el pecado, es, pues, la razón más profunda, el alma misma de la pasión del Salvador que se puso en lugar de los pecadores. Antes que hubiese crucificado los pecados con su propio cuerpo, desencadenaron sobre su alma toda su rabia; su santo cuerpo permanece todavía intacto, y sin embargo sufre ya de un modo inexplicable. Su corazón parecía derretirse en el crisol de esta terrible prueba de dolor. Su alma lucha, y en los esfuerzos que hace, rompe su cubierta corporal, siendo esa lucha causa del sudor de sangre que, saliendo en abundancia por todos sus poros, inunda todo su cuerpo. Nosotros lo sentimos: es un suceso inaudito y lleno de misterio el que aquí se nos revela; se cumple el gran sacrificio de la reconciliación del mundo, se libra el combate contra el reino del mal, se trata del alumbramiento doloroso del mundo nuevo, se trata del hecho más misterioso y más considerable que jamás tuvo lugar sobre la tierra. La pasión empieza con un grito de angustia y termina con otro de congoja, en el que se revela el sentimiento profundo del abandono de Dios. El Hombre-Dios sufrió lo que ninguno había sufrido jamás en el largo y doloroso camino de cuatro mil años, en que la humanidad había, sin embargo, encontrado tantos sufrimientos. «Mirad y ved si hay algún dolor parecido al mío.» Ningún hombre, pues, ha experimentado el dolor que él experimentó, y ningún dolor es igual a su dolor, que fué inmenso é insondable como el mar. Verdaderamente es el *Rey de los mártires*, porque fué crucificado así en su alma como en su cuerpo. Sólo El podía sufrir tanto, porque su voluntad omnipotente no consentía que su corazón estallase ni que su alma se separase antes que todo estuviese cumplido y consumado. Sólo El ha querido sufrir, sufrir sin medida, como no es dado al pensamiento del hombre concebir ni a su corazón sospechar, para expiar lo que los sufrimientos de la humanidad, entregada al suplicio de la condenación, no podría suficientemente expiar. Sería necesario que el hombre pudiese sufrir lo que el Santo por excelencia sufrió por los pecados del mundo, es decir, que fuese el Hombre-Dios para poder ofrecer una expiación proporcionada al pecado.

El sacrificio de Cristo es, pues, el principio y el fin de nuestra fe, el centro de la revelación divina, el tema profundo é inagotable de la predicación cristiana. «Yo no conozco más que a Jesús, y a Jesús crucificado, dice el Apóstol; con él he sido clavado en la cruz.» Sus llagas brillan más que piedras preciosas; su cruz está fija en la cumbre de los montes a lo largo de una solitaria senda. Ella brilla sobre la frente de los reyes y consagra la choza del pobre; ella nos recibe a nuestra entrada en el mundo, y es el último objeto que estrecha nuestra moribunda mano y en el que se fija nuestra lánguida mirada, y ella, en fin, es colocada sobre nuestra tumba en señal de victoria. «En nuestros paseos y marchas, dice Tertuliano, al entrar y al salir de casa, al vestimos y al ir al baño, en la mesa y en nuestro cuarto, en todas partes, hacemos sobre nuestra frente la señal de la cruz,» señal de bajeza y de oprobio, de miseria y de muerte, y sin embargo, prenda de rescate, de vida y de salvación. La



CRISTO ANTE PILATOS — (Cuadro de M. Munchassy).

cruz es el árbol de la verdadera libertad que nos ha hecho libres hasta en la intimidad de nosotros mismos y para siempre. Pero es también un signo que para muchos ha sido una ocasión de caída, es decir, para todos aquellos que se avergüenzan de Aquel que fué clavado en ella. El sacrificio voluntario y la mortificación de esta vida terrestre, tan frágil y tan pasajera, y la participación en la pasión del Salvador, tal es el principio único y fundamental de la moral cristiana. Sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Jesucristo, y que por la gracia de Jesucristo hemos dejado de ser esclavos del pecado. «Vosotros estáis muertos y vuestra vida se ha ocultado en Dios con Jesucristo.» «Habéis sido sepultados con él por el bautismo á causa de la muerte; pero como Cristo resucitó de entre los muertos en la gloria del Padre, así también es preciso que entremos en una nueva vida; y cuando Cristo, que es nuestra vida, aparezca en su gloria, apareceréis vosotros también con él.»

Una vez cumplida la expiación con el rescate, cesan al punto los sacrificios humanos en el antiguo mundo; el paganismo estaba vencido y la antigua alianza tocaba á su fin. Refiere Plutarco que, navegando Epiterses hacia Italia en un buque cargado de pasajeros, una tarde, cuando estaban cerca de las islas Equinades, cesó el viento; y el buque vogando á la ventura, se aproximó á las dos Paxos (islas del Mar Jónico, entre Leucada y Corcyra). La mayor parte de los pasajeros se acostaron, y algunos velaban todavía pasando el tiempo en beber. De repente se oyó una voz que salía de la isla y que llamaba á Thammo con gran asombro de todos. Este Thammo era un piloto egipcio, al que pocos pasajeros conocían por su nombre; llamado por segunda vez guardó silencio, pero á la tercera respondió. Entonces la voz desconocida gritó con fuerza: *Cuando llegues cerca de Palodes* (se ignora cuál fuera este lugar), *anuncia que el gran Pan ha muerto*. Thammo resolvió en sí mismo pasar sin decir nada delante de este lugar, si el viento impulsaba su buque; pero desempeñar por el contrario esta comisión si la calma le detenía allí. Cuando estuvo enfrente de Palodes, como estuviese el cielo sin viento y el mar sin olas, Thammo, volviéndose hacia la tierra desde lo alto de la popa, gritó según se le había mandado: *El gran Pan ha muerto*. Apenas hubo dicho estas palabras, cuando con gran asombro de todos se oyó un gemido, lanzado, no por uno solo, sino por muchos. Como lo presenciaron muchos testigos, llegó pronto el ruido de este hecho misterioso hasta oídos del emperador romano Tiberio, que mandó que Thammo le fuese presentado.

El sacrificio de Jesucristo rompió el poder de las potencias infernales, que eran muy activas en el paganismo, venció á la muerte y puso fin á la dominación de aquel que tenía el *imperio de la muerte*. Entonces fueron abolidos sus crueles misterios, sus sangrientos sacrificios, porque el verdadero sacrificio, el único que podía ser eficaz, había sido cumplido en Jesucristo y por Jesucristo.

Cuando el Cristianismo anunció el cumplimiento del sacrificio único, universal y perpetuo por lo mismo que es divino, no hizo el mundo ninguna señal de admiración: hubiérase dicho que el género humano reconocía en esta doctrina sus antiguos recuerdos y sus constantes esperanzas. Así como la idea de Dios ó del sér absoluto y necesario explica todos los demás seres descubriendo en él su razón primera, así también el sacrificio cristiano nos hace ver la razón común de todos los sacrificios del antiguo mundo y el manantial único del que proceden. El nos hace conocer por qué esperaba el hombre su rescate de la inmolación de una víctima que pagase por él la deuda penal que había contraído con la justicia divina; por qué el mundo mucho tiempo antes de la declaración hecha por San Pablo, llevaba en su seno la creencia de que *sin efusión de sangre no era posible la remisión de los pecados*; por qué los animales destinados á servir de víctimas, debían ser puros; por qué á consecuencia de un error fatal, aunque fundado en una verdad profunda, parecían necesarios los sacrificios humanos; por qué todas estas expiaciones sangrientas no valían nada; por qué, en fin, el género humano buscaba la salvación y la vida en una muerte voluntaria. La cruz del Salvador ha resuelto admirablemente estos problemas, y el sacrificio de Jesucristo ilumina las antiguas creencias de la humanidad.

De esta manera se encuentra plenamente resuelta una cuestión que se presenta naturalmente á toda inteligencia reflexiva: ¿por qué permite Dios el mal? El pecado es el acto propio y enteramente libre del hombre. Ahora bien: Dios permite el pecado á fin de que se manifieste su amor y se afirme su sabiduría todavía con más brillo que en la creación, á fin de que brille á los ojos de la criatura un atributo admirable de la naturaleza divina que no

hubiera podido conocer sin el pecado, es decir, la infinita misericordia de Dios, que envía al hombre una víctima expiatoria, que se ofrece á sí mismo como víctima, y que acoge benigne el sacrificio ofrecido; y por último, á fin de hacer el mayor de los milagros, el de la omnipotencia igualándose á la impotencia, el de la fuerza convirtiéndose en debilidad, el de la soberana hermosura borrándose hasta llegar á la fealdad, y el de la vida condescendiendo hasta morir.

Dios ha permitido el mal, el pecado, para hacer una cosa más grande todavía que la creación; es decir, el reino de los pecadores redimidos; porque hacer un justo de aquél que no era más que un pecador, es una cosa más grande que crear el cielo y la tierra, dice San Agustín. Ha permitido el pecado á fin de poder, por su Hijo único, abrir su corazón lleno de amor, de compasión y de misericordias para que el hombre adore y vea estas riquezas interiores de la divinidad; y le ha permitido, por último, á fin de que su Hijo, más hermoso en su debilidad que en su vigor, hiciese una alianza muy íntima con nosotros. «Salid, hijas de Sión, ved al Rey con la corona que llevaba el día de sus desposorios.» Dios no podía manifestar mejor su sabiduría y su poder infinito, que dejando al mal la libertad de sus movimientos, al menos por algún tiempo, puesto que así demuestra que el mal está obligado, á pesar suyo, á servirle, á ser el instrumento de su voluntad á la que nada se resiste, y á cooperar así en la ejecución del plan que ha fijado en sus eternos designios. Así como Cristo, pareciendo sucumbir á la muerte la venció; así también el mal está destinado, aun en sus aparentes victorias, á servir necesariamente al bien. He aquí por qué Dios no aniquiló al género humano después del pecado, sino que hizo salir de nuestra misma raza el rescate, fundándole sobre la unidad de la especie. ¡Dichosa, pues, la culpa que nos mereció tal Redentor!

DOCTOR HETTINGER

CANCIÓN Á JESUCRISTO CRUCIFICADO

Inocente Cordero,
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas;
Del robusto madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme solicitas;
Ya que humilde marchitas
La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos á mirarme.
Ya que el amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esa grandeza las cortinas
Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo,
La cabeza rodeada con espinas
Hacia la Madre inclinas,
Y que la voz despidas
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu Padre pides
Que sean perdonados,
Acuerdate, Señor, de mis pecados.
Aquí donde das muestras
De manirroto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos;
Aquí donde tú muestras
Y ofreces mi descargo;
Aquí donde redimes los esclavos,
Donde por todos cabos
Misericordia brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas:
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu justicia yo el primero.
Aquí quiero que mires
Un pecador metido
En la ciega prisión de sus errores;
Que no temo te afres
En mirarme ofendido,
Pues abogando estás por pecadores;
Que las culpas mayores
Son las que más declaran
Tu noble pecho santo,
De que te precias tanto;
Pues cuando las más graves se reparan,
En más tu sangre empleas,
Y más con tu clemencia te recreas.

Por más que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió, inobediente,
Quedando en nueva sujeción por ello;
Por más que el suelo huella
Con pasos tan cansados,
Alcanzarle confío;
Que, pues por el bien mío
Tienes los soberanos pies clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.

Seguro voy, Dios mío,
De que el bien que deseo
Tengo siempre de hallar en tu clemencia;
De ese corazón fio,
A quien ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierto,
Que un ladrón maniatado
Que lo ha contigo á solas,
En dos palabras solas
Te lo tiene robado;
Y si esperamos, luego
De aquí á bien poco le acertará un ciego.

A buen tiempo he llegado,
Pues es cuando tus bienes
Repartes en el Nuevo Testamento,
Si á todos has mandado
Cuantos presentes tienes,
También ante tus ojos me presento;
Y cuando en un momento
A la madre hijo mandas,
Al discípulo madre,
El espíritu al Padre,
Gloria al ladrón.
¿Cómo entre tantas mandas
Ser mi desgracia puede
Tanta, que sólo yo vacío quede?

Miradme, que soy hijo
Que por mi inobediencia
Justamente podéis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
Que hallaría clemencia
Siempre que á ti volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme,
A los pies de esta cama
Donde estás espirando,
Que si, como demando,
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero.
Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Cómo á este tiempo bajas la cabeza,
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
Que, como sea cierto
Que hasta el testador muerto
No tiene el testamento fuerza entera;
Tan generoso eres,
Que porque todo se confirme mueres.
Canción, de aquí no hay paso,
Las lágrimas sucedan
En vez de las palabras que te quedan,
Que esto nos pide el lastimoso caso.
No contentos ahora,
Cuando la tierra, el sol y el cielo llora.

FR. LUIS DE LEÓN

SAN JUAN DE DIOS¹

(Conclusión.)



UCEDIÓ, pues, en aquellos días, que había quedado huérfana de padre y madre una niña de pecho llamada Ginesa Pulida, y no habiendo podido hallar entre los vecinos de la calle quien consigo la llevase, dieron cuenta al siervo de Dios. Apenas lo supo presentóse en la casa, y acomodándola lo mejor que pudo en su *capacho* con tierna solicitud, la llevó á un lugar que está cerca de la ciudad, llamado Gaba la Grande; la entregó á un ama que la criase, concertando la paga de sus servicios, y dejándola provista de todo lo necesario, tomó la vuelta de la ciudad á cuidar de sus pobres. No dejó, sin embargo, el cuidado de la desvalida niña sólo al arbitrio del ama, sino que iba al lugar á visitarla con frecuencia, á pesar de los muchos quehaceres que absorbían su tiempo, pues era exceso de su caridad

¹ Véanse los núms. 7.^o y 8.^o

ardiente por los desgraciados, llevarle toda la atención uno como todos para su alivio, y todos como uno para su remedio. Con la continuación de sus visitas llegó á comprender que se tenía muy poco cuidado con la huerfanita, y variándola de ama, separó cincuenta ducados que había buscado, y los entregó á una persona de su confianza para que los emplease y satisficiera al ama lo convenido mensualmente. Poco era el dinero, pero la honradez de aquel amigo mucha, y la Providencia de Dios inagotable, lo cual fué causa de que se aumentasen las ganancias de aquel corto capital, de modo que, no sólo dió para pagar abastecidamente todo el gasto de la crianza de la niña, sino que hubo también para darle cristiana educación, y para entregarle crecido dote al casarse con un honrado mancebo llamado Francisco Olivares.

Otro día hallábase junto á la alhóndiga Zaida, lugar de contratación para la venta de los granos, recogiendo las limosnas que allí solía recibir, cuando se llegó á él un hombre de muy buen porte, y que por su traje y apariencias denotaba ser de los honrados, y representóle las muchas necesidades que padecía en su casa y el poco remedio que tenía en ellas, porque su empacho y vergüenza y el buen crédito que gozaba, no le daban lugar para inquirir alivio en parte alguna. Oyóle compasivo el bendito santo, y metiendo la mano en la bolsa la sacó llena de dinero, se lo dió todo sin contarle y fué, dejando al hombre tan maravillado de la acción como consolado con la limosna.

En otra ocasión, hallábase Juan de Dios junto á una ropera cuando vió una porción de niños desamparados, tan rotos y hechos pedazos sus pobres trajes, que el viento de la Sierra Nevada les hacía temblar arrecidos de frío. Conmovióse, como siempre le acontecía, con la desdicha ajena más que con la suya propia, pues él hacía mucho tiempo que había hecho abstracción de sí mismo para vivir solamente con la vida de los que sufrían, y acercándose á la ropera ofrecióse á pagar cuanto montase lo que sacaba para vestir aquellos huérfanos, dándole la buena mujer los vestidos que pidió bajo su palabra. Vistiéndolos, en efecto, con cariñoso amor uno por uno el mismo santo, y despidiéndolos socorridos entre lágrimas de inefable reconocimiento. A los pocos días, separó de las limosnas que le hacían lo necesario para pagar á la ropera, que no tuvo por qué arrepentirse de su confianza, por los beneficios que Dios le dispensó en el resto de su vida.

Las limosnas que nuestro santo hacía no tienen número, pues su virtud estimulaba á los ricos, á quienes ponía en ocasión, con las miserias y desdichas de los pobres, de que pudieran salvarse socorriéndolos en sus necesidades.

Algunos había, sin embargo, con tanto amor á sus riquezas, que difícilmente se avenían á dar lo superfluo para que los pobres tuviesen lo necesario; pero en tales casos, Dios inspiraba al santo palabras ó acciones tales, que desarmaban á la más tenaz avaricia. Ejemplo de esto nos ofrece el siguiente episodio: Buscando un día Juan de Dios por las calles pobres para darles asilo y consuelo en su hospital, se encontró con uno muerto en una de ellas. Debían ser pobres todos los de la calle porque no pudo reunir entre ellos lo necesario para enterrarle, y á fin de acudir á aquella urgente necesidad encaminóse á la casa de un hombre rico, y encontrándole á la puerta de ella le dijo:

— Hermano, un pobre se ha quedado muerto en la calle y yo no tengo mortaja ni con qué enterrarle; por amor de nuestro Señor le suplico que acuda con lo que pudiere á tan grande necesidad, porque no se quede este pobre difunto sin sepultura y sin mortaja.

Respondióle el rico, con desabrimiento y falsedad, que no tenía; y entonces el santo, sin replicar palabra, se fué á la calle donde estaba el difunto, cargóle sobre sus hombros, lo trajo á buen paso, porque no se le escapase de la puerta el rico, y se lo dejó dentro del portal, diciéndole al mismo tiempo:

— Oiga, hermano; tanta obligación tiene él á este difunto como yo, y pues tiene más que yo con que poderle socorrer, acúdale por amor de Dios y haga lo que pudiere, y si no ahí se le quedará.

Dicho esto volvió las espaldas, quedando tan confuso y cortado el rico viendo un muerto á las puertas de su casa, y que se iba quien lo había traído á ella, que, llamando con afligidas voces al siervo de Dios, le obligó á que volviese, suplicándole con muchos ruegos y encarecimientos no le dejase allí aquel difunto, y que le daría para mortaja, y para enterrarle y cuanto quisiera con tal de que se lo llevara.

— Yo le llevaré en buen hora — repuso el santo — con que haga esa limosna, y sea luego.

Y metiendo la mano en la bolsa, el rico dióle di-

neros no sólo para mortaja y entierro, sino sobrados para sus pobres.

Necesitaríamos ocupar muchas páginas si hubiéramos de seguir narrando todos los episodios de la gloriosa vida de nuestro santo patrono; las admirables conversiones que llevó á cabo, entre ellas las de Antón Martín y Pedro de Velasco; la inagotable caridad con que acudía á socorrer así los males de cuerpo como los del alma, apartando de la vida de perdición que llevaban á muchos desdichados, y sobre todo á muchas infelices caídas en el inmundo lodazal del vicio, la mayor parte de las veces más por ignorancia y abandono que por maldad; y terminaremos este ya largo artículo refiriendo el heroico y milagroso acontecimiento, que de tal puede calificarse, en que libró de ser consumidos por las llamas, en horroroso incendio, á los pobres enfermos del hospital Real de Granada.

Lleva este nombre en aquella hermosa ciudad el que fundaron los Reyes Católicos, de imperecedera memoria, Don Fernando y Doña Isabel, para alivio y remedio de los infelices que pierden la razón: edificio que levanta sus espaciosas y bien dispuestas dependencias en la anchurosa plaza llamada El Triunfo, en recuerdo de renombrada y caballescaca hazaña, llevada á feliz término en aquel paraje por uno de los más esforzados paladines del ejército cristiano, durante el largo sitio que terminó con la conquista de la ciudad.

Comenzó el incendio por las cocinas del hospital, y prendiendo en los magníficos pinos llamados reales, que formaban las techumbres, extendióse por todo el edificio de tal suerte, que en breve más parecía inmensa hoguera que monumental fábrica arquitectónica. «Tocaronse las campanas — escribe á este propósito un antiguo cronista granadino — avisando á la ciudad y á los alarifes; acudió luego el Corregidor, los Ministros de justicia, los Veinticuatro, y toda la gente granada y noble con muchos más del pueblo al socorro de tanta desdicha y calamidad; y entre todos, el primero nuestro glorioso Padre San Juan de Dios, que así que oyó que peligrosaban los pobres en el incendio, le llevó como por los aires el de su amor propio á socorrerlos y librarlos. Como está el hospital fuera de las murallas en un espacioso y dilatado campo, ya se avia cebado el fuego en lo más de sus salas y estancias, porque aun los primeros que llegaron, llegaron tarde por la distancia, y lo que tardaron en llegar. Llenose el campo de gente, y fue de ningún provecho el aver tanta, porque ninguno se quería aventurar á quemarse y abrasarse, viendo las llamas tan crecidas que coronaban lo más alto de los edificios. Discurrían y no obraban, y en estos empeños y trabajos mas se ha de obrar que discurrir, porque los instantes son peligrosos, y en pocos suele el fuego consumir sobervios edificios, siendo menos grandes cuanto tienen mas humos. Tomose por acuerdo y expediente traer la artillería de la Alambra, para que derribado el cuarto que ardía dexase libre el que tenía al lado, y no tuviese lugar el fuego de hazer presa en el costado por la parte del incendio.

» Como se deliberaba y no se ponía mano á la obra, los miserables enfermos avian menester socorro y alivio, y no deliberaciones, y como no le tenían daban voces que las ponían en el Cielo, saltando vnos de las camas, otros á las ventanas, y todos más muertos del susto que de sus males, sin aliento y sin fuerzas, que el miedo, que en esta ocasión suele prestarlas era tan grande, que se las quitó. Eran los gemidos y gritos lastimosos, y movían á mayor lástima y compasión oírlos entre los chasquidos que hazía el fuego voraz en lo que estaba abrasando. ¡Doloroso y triste espectáculo para mover corazones de diamante á conmiseración y á favorecer gente tan desvalida y miserable! Nuestro glorioso Padre, que solo el nombre de pobres le hazía mas fuerza que su misma vida, y que sin tanto aparato de compasión se arrojaba á perderla mil veces por librar vn pobre, aviendo tantos, no se pudo abstener en no atropellar con las llamas, el incendio, y el peligro. Arrojóse á él por las puertas que el humo escondía y no daba lugar á llegar á ellas, abrió otras de nuevo, y por vnas y por otras y por las ventanas fué sacando los pobres, que estaban en el cuarto, que tenían mas peligro, cargándolos á todos sobre sus ombros, y á veces dos y tres.

» Esto lo hazía con tanta priessa y diligencia, que á cuantos lo estaban viendo les parecía sueño, porque muchos hombres en muchas horas, no hizieran lo que el siervo de Dios hizo solo en menos de una hora. Crecía la admiración al passo que estaba y le miraban tan flaco y mortificado de las penitencias y ayunos que apenas podía tenerse en pie, y tuvo valor y aliento para darle á otros, que no podían dar un passo, cargándolos sobre sus débiles y flacos ombros; dabale fuerzas el amor, que quanto es ma-

yor es mas valiente. En acabando de sacar los pobres de las salas por donde iba peregrinando, se pasó á las otras piezas á hazer la misma diligencia, sacando los enfermos de ellas, y con ellos la ropa y camas, arrojándolas por las ventanas, obligando al fuego á que dies treguas, para que no peligrosasen los pobres, ni el abrigo de su ropa y descanso.

» Aviendo remediado lo que iba caminando en manos del peligro á reducirse á cenizas con el fuego, cogió luego vna hacha cortadora, y subiendo á lo más alto de los techos, hizo tanto destrozo para impedir el que subiese el incendio arriba, que se hubo de retirar á cebarse en otras partes, adonde hizo menor daño, porque si hubiera subido arriba, lo hubiera consumido y acabado todo.»

Este nuevo rasgo de la heroica é inagotable caridad de San Juan de Dios, en que no sin razón encontraron los contemporáneos motivos para considerar como milagroso que el santo pudiera librarse de tantos peligros y realizar tales prodigios, es el que ha inspirado al reputado pintor Sr. Gómez Moreno, una de las más legítimas glorias artísticas contemporáneas de Granada, el admirable cuadro que tanto llamó la atención de los amantes de lo bello en una de las últimas Exposiciones de Madrid, en la que obtuvo premio, aunque no todo el que en nuestro juicio merecía, y que hoy se conserva como una de sus mejores joyas en el museo de pinturas de aquella ciudad. Todo en él está admirablemente pensado, siendo la ejecución digna del pensamiento. El grupo que constituye la acertada composición del cuadro está tan admirablemente dispuesto, que bien puede asegurarse fué una verdadera inspiración artística, y que en el boceto, si lo hizo el autor, pocos *arrepentimientos* tendría. Difícilmente se presentará otro cuadro en que mejor se adune el verdadero realismo en la acepción propia y artística de la palabra, con el puro espiritualismo que inspiró á los artistas cristianos, sobre todo á Murillo. El pobre que envuelto en una sábana lleva el santo y que se abraza á su cuello con el abandono que da la seguridad de verse en salvo; el otro que cogido al brazo del héroe de la caridad le sigue vacilante indicando en su actitud, tanto el afán de verse fuera del peligro como la terrible enfermedad mental que le agobia, y el niño que marcha delante contemplando admirado la acción sublime del santo, están pintados con tanta verdad, son tipos tan *humanos* como ahora se dice, que difícilmente los podrá concebir mejores el más fanático admirador de la escuela realista. Y, sin embargo, aquel realismo no tiene nada de repugnante. El artista ha sabido adunar lo verdadero con el encanto inexplicable de la belleza artística, de tal modo que aquel realismo armoniza admirablemente con el idealismo realista de la figura principal de San Juan de Dios. En su actitud tan digna como hermosa, en aquella cabeza tan admirablemente dibujada y de tan sublime expresión, hay un encanto que el espíritu siente mejor que explica, y que es el resultado de la verdadera creación artística. Aquel rostro humano está verdaderamente transfigurado por el amor al prójimo, y al destacarse sobre el fondo brillante del incendio, resplandece más todavía con el fuego sagrado de la caridad. Y, sin embargo, en aquella cabeza no hay nada que revele ni siquiera la satisfacción interior del bien obrar. Aquella mirada fija en el espacio y elevada al cielo es una muda y elocuente plegaria que parece demandar fuerzas á Dios para llevar á término su santo propósito, y darle gracias al mismo tiempo por habérselas concedido hasta aquel momento. Hay en aquel rostro, transfigurado por la virtud, amor, abnegación, fe y esperanza, sentimientos todos que se funden en el crisol de la caridad que ardía en el pecho del Santo. ¿Cómo ha pintado todo esto el pintor granadino? A esta pregunta no puede darse más respuesta que con la frase vulgar, pero á veces elocuente, de «quién lo sabe.» ¿Quién puede reducir á fórmula humana la verdadera inspiración del artista? Dios alumbra su mente, mueve su mano desconocido impulso, y la creación artística aparece sobre el revuelto piélago del mundo, como el espíritu de Dios en *el principio* era llevado sobre las aguas.

El cuadro de San Juan de Dios, pintado por el Sr. Gómez Moreno, está hecho en uno de esos momentos de verdadera inspiración, y por eso á la composición y el pensamiento responden las condiciones técnicas del cuadro que, en dibujo, en color, en perspectiva lineal y aérea, en exactitud histórica es una verdadera obra maestra.

Y no podía ser de otro modo. Gómez Moreno es granadino. Allí parece que alienta todavía el espíritu del santo fundador, y donde éste realizó tan admirables obras de caridad, á la vista de los edificios inmortalizados por los rasgos sublimes de su amor

1 Véase el grabado de este cuadro que publicamos en el núm. 7.^o

al prójimo, el verdadero artista se siente inspirado, y realiza en sus lienzos el sentimiento que aquellas admirables virtudes le inspiran.

San Juan de Dios vive en Granada, como si su alma no hubiera volado hace más de tres siglos á la eterna región de los bienaventurados. Allí, y á pesar de las corrientes abrasadoras del asfixiante materialismo, la caridad alienta por fortuna en todos los corazones, confundiéndose su espiritual perfume con el de las flores de sus cármenes y jardines; de tal modo, que no se concibe á Granada sin caridad, ni á la caridad en Granada sin San Juan de Dios.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

CRUCIFIXIÓN DE JESÚS

Y al lecho de la cruz ya preparado
Le llevan desde allí, lecho terrible,
Y mándale acostar, y así acostado,
Manos y pies alarga el Dios pasible;
Y viéndose en el trance deseado,
Y el rostro vuelto y ánimo apacible
Al cielo, y á su Padre orando, dijo
Esto, cual obediente y sabio Hijo:

«Gracias te doy ¡oh soberano Padre!
Que al último he llegado y gran tormento;
Y porque á tu bondad inmensa cuadre,
Cumplí fiel tu sacro mandamiento:
En las puras entrañas de mi Madre
Lo recibí, y obedecí al momento;
Y hoy lo ejecuto, al fin, con eficacia:
Dale al hombre por él, Señor, tu gracia.»

Dijo; y luego un ministro inexorable
La mano le pidió, la diestra mano,
Y Cristo se la dió con rostro afable,
Y la palma extendió, fácil y humano;
Y en ella puso un clavo el detestable,
Feroz, gentil, idólatra, profano,
Y alzó el martillo, y con menudo estruendo
Dió y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro,
Rompió nervios, fijóse en el madero;
Y el cuerpo santo, cual batido muro,
A aquella parte se inclinó ligero;
Mas Cristo le ofreció grave y seguro
El otro brazo, y con semblante entero;
Y el sayón lo tomó para clavallo,
Pero no pudo á su lugar llegarlo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,
Y hasta ponerle firme y extendido
Donde el otro agujero estaba hecho,
Con fuerza lo estiró y lo tuvo asido:
Desencajó con esto el sacro pecho,
Y tomó un clavo agudo y escogido,
Y atravesó con él la mano santa,
Y con tanta crueldad y furia tanta.

Y de la misma suerte fué tirando
Los pies, que no llegaban al barrenado,
Y así, los duros golpes redoblando,
El madero dejó de sangre lleno:
La Virgen santa, oyéndolo y mirando,
Golpes y sangre recibió en su seno;
Y por este y aquel noble sentido
Lanzaba triste el corazón herido.

¡Oh corazón y pecho de María!
¡Amante corazón y pecho tierno,
Que con amor y con dolor porfia,
Y llora, y obedece al Padre eterno!
Mas ¡oh tú, pecho helado y alma fría
Con obstinada nieve y hielo interno,
Que no te ablandas con la sangre pura
Que vierte Dios sobre la tierra dura!

FR. DIEGO DE OJEDA.

LAMENTOS DE CRISTO EN LA CRUZ

Dios mío, Dios mío, ¿por
qué me has desamparado?

Era sexta y con negra catadura
Y entre aparato lóbrego é inundo
Derramando pesar, dando pavora,
Se levantan las sombras del profundo.
Va á oscurecer; torrentes de amargura
Dentro un instante inundarán el mundo,
Cierta señal de amenazar vecina,
Del mundo mismo, la completa ruina.

Despárese el sol; lejos se escucha
Del aquilón el lento rebramido;
Vaga la luz con la tiniebla lucha...
La noche vence; el día ha sucumbido.
El estuper, la conmoción es mucha,
Y el pensamiento, imbecil, aterido,

Imagina que horrísono retumba
Crimen horrendo en la sellada tumba.

Y no en vano; en redor está sentada
Del Gólgota, infeliz naturaleza,
Mustia, despavorida, amedrentada,
Desaliñado el manto, y sin belleza;
La alameda florida, embalsamada,
Hoy vestida de abrojos y maleza
Da testimonio á ingrata criatura
De que parece quien la dió su hechura.

Todo es pavor. Las aves enmudecen,
Doquiera huyendo por buscar asilo;
Turbia el agua, las plantas languidecen;
El sauce llora, se lamenta el tilo,
Por el aire, fatídicos se mecen
Con agitar horrible é intranquilo
Espectros mil, que vomitando miedo
Son de la Parca funeral remedo.

Era sexta; y el cuerpo que pendía,
Taladrado en la Cruz, aun respiraba;
Tanto más era amarga la agonía,
Cuanto más en Jesús se dilataba,
Ora los labios sin hablar movía,
Suspiros ora el corazón ahogado;
Sangre vertiendo sin cesar sus venas,
Rotas al choque de insondables penas.

Era sexta, y Jesús agonizante
Blanco de los satánicos enojos,
Yerta la frente, lívido el semblante,
Cárdenos labios y eclipsados ojos,
Se abisma en estertor; esposo amante,
Quiere legar sus últimos despojos,
Y no hay á quién, porque de polo á polo
Solo se encuentra, se contrista solo.

«Voy á morir, y compasión no encuentro;
»Voy á espirar, en su aflicción exclama...
»No hay corazón en mí; del pecho dentro
»Le ha consumido inextinguible llama.
»Ya no soy hombre; fuera de mi centro,
»En hálitos mi sér se desparrama,
»Y ayes eternos mi esperanza anegan
»Que de mi Padre ante el umbral no llegan.

»Voy á espirar. Acércase el momento,
»El último momento de una vida
»Que en su miseria alimentó al hambriento,
»Que del dolor cicatrizó la herida.
»Voy á espirar, y en mi agonía siento
»Que éste me deja cuando aquél me olvida,
»Sin que á salvarme en el aprisco humano
»Zagal encuentre que me dé la mano.

»De enemigos doquier estoy cercado
»Y embestido de indómitos novillos;
»Lobo rapaz en mi redil ha entrado
»Devorando mis tiernos cabritillos.
»¿Dónde mi madre, ni mi Juan amado...?
»Huyeron mis apóstoles sencillos,
»Y contra mí de enmarañados cerros
»Trahilla viene de rabiosos perros.

»Desmayó el corazón, y cual la cera
»Se derrite arrimada junto al fuego
»Mis fuerzas se extinguieron, no hay quien quiera
»Calmar mis ansias, escuchar mi ruego.
»Débil cansancio á mi vigor supera...
»Caerán mis carnes... pesaránme luego...
»Y el impío Judá que me escarnece,
»Cuanto padezco más, más enloquece.

»En mí ya no hay humana catadura;
»Por los golpes mis miembros macerados,
»Sin sonido mi voz, mi vista oscura,
»Rotas mis palmas y mis pies clavados.
»Mis huesos suspendidos en la altura,
»Sin articulación, descoyuntados...
»Y en la angustia mortal que me anonada,
»Seca mi lengua, al paladar pegada.

»Me cansé de gritar. Ronco he quedado,
»Y al implorar socorro no me oyeron.
»Siempre en el rostro de mi Dios amado
»Clavadas mis pupilas estuvieron.
»Por encrespadas olas acosado
»Que el libre respirar ya me impidieron,
»Busqué la tierra que pisar debía,
»Y el pie tras ella sin valor se hundía.

»Cargué de mi bondad por un exceso,
»Sobre mis hombros de la culpa ajena
»El ofensivo incalculable peso;
»Arranqué de su manos la cadena
»Que al hombre tuvo en su miseria preso,
»Ese hombre que hoy me juzga y me condena;
»Y ahora, Señor, mis fuerzas agotadas,
»Llamo a tus puertas cuando están cerradas.»

Tal Jesús, desangrado y anhelante,
De cuanto vía en redor pensaba,
Doquier despavorido su semblante
Tornó á mirar, el desconsuelo hallaba;
Pero enarcando el pecho palpitante
Al esfuerzo postrer que le quedaba,
»Dios mío, grita en su sudor bañado;
»Dios mío ¿por qué me has desamparado?»

No de otro modo en el confin sereno
Peñas, montes y arbustos conmoviera
Estallando el fragor del ronco trueno,
Cual la voz de Jesús estremeciera
El Calvario de horror, de sangre lleno,
Más brillantes que el rayo refulgiera,
Chispearon diabólicos cien ojos
Con el triunfo al soñar de sus enojos.

Como en el golfo ha poco bonancible,
Jugueteaban transparentes olas,
Y en bergantín intrépido invencible,
Coronado de gayas banderolas,
Todo fuera solaz, viento apacible,
Y conciertos y paz y barcarolas,
Hasta que ya anunciada la tormenta,
Crece el murmullo y el terror aumenta:

Así se dibujara en el Calvario
Tempestad que terrible amenazaba:
Y en el que hace un momento, solitario
El tumulto apiñándose observaba,
Y sólo algún gemido funerario
Roto por un insulto se escuchaba,
Hombres, niños, mujeres que se agitan,
Van y vienen, se afanan, corren, gritan.

Y ondulado divisas y ropajes,
Poco á poco atraídos se agruparon;
Y como caravana de salvajes
En rededor del árbol se apiñaron,
No á tributar rendidos homenajes
Al sol á cuya luz se calentaron,
Sino á atizar con insolente labio
La hoguera ardiente del injusto agravio.

«Vedle, exclaman, allí que acobardado,
»Porque no puede más, invoca al cielo;
»Su Dios sin compasión le ha abandonado,
»Y está sordo á las voces de su anhelo.
»¡Acabemos con Él! Hemos triunfado;
»Ni remisión alcance, ni haya duelo;
»¿Dónde está su poder, cuando así lucha
»Mendigando favor, y nadie escucha?»

Y feroces epítetos siguieron,
Y de Jesús los ojos se cerraron,
Y á lo que sus oídos percibieron
Sus labios de coral no contestaron.
Unas gentes mirarle no quisieron,
Y otras gentes ansiosas le miraron;
Que todos, cuanto más le escarnecían
Y le insultaban más, más le temían.

¡Alerta, miserables pecadores!
Ya satisfecha la tremenda ira
Del Dios de Abraham, á costa de dolores:
Se alza glorioso, triunfador se mira
El árbol de la Cruz seco y sin flores,
Mortales, acudid; Jesús espira,
Y altar de expiación y de indulgencia,
Allí su sangre nos dará en herencia.

Esa sangre fructífera, abundosa,
Que ingrata mano á derramar se atreve,
Esa sangre sublime, misteriosa,
Maná divino, que en el alma llueve.
Sangre al que la recoge muy preciosa...
Sangre de salvación al que la bebe...
Sangre que mana de mortal herida
Para sellarnos con eterna vida.

Sangre, sí, que saltando al firmamento,
Para nosotros hasta allí cerrado,
Será pan celestial para el hambriento
Por Dios, en sus dolores, amasado;
Balsámico licor para el sediento;
Suma felicidad al desdichado:
Antorcha del mortal que clame luego
Porque, mirando al mundo, quedó ciego.

Cumple como hombre, al exhalar su boca
Las quejas, al morir, de su abandono;
Se queja á Dios, pero á su Dios no invoca,
Está á su diestra su luciente trono.
Todas sus ansias junto á sí convoca;
Quéjase allí de nuestro ciego encono;
—«¡Dios mío!» — dice; y repitiólo el viento,
Doblando su rumor el sentimiento.

«Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
»Si aun resta que sufrir, ¿dónde te fuiste?
»Sobre mí tus venganzas has lanzado;
»Tu airada mano sobre mí tendiste,
»Y en el desierto páramo he quedado
»Huérfano, solo, moribundo y triste,
»En esta Cruz los hombres me pusieron
»Y al oírme clamar ensordecieron.»

Y el Nazareno, de dolor transido,
En la cumbre del Gólgota se agita,
Vuelve á clamar; su plañidor gemido
Al que atento y piadoso le medita,
Es el eco de un hijo condolido;
Que en el humano corazón gravita...
¡Bella lección donde aprender debemos
A llamar á Jesús cuando espiremos!

D. F. VELÁZQUEZ.

ROBESPIERRE

(Continuación.)

Escena XIII.

ENRIQUE.

(Solo.)

La saeta ha dado en el blanco. El hombre parece resuelto á disputar á Robespierre su cabeza y la de su amada, y el choque será rudo. Si vence el tirano... ¡Espantosa incertidumbre! Padre, Luisa mía, hace un año que os estoy disputando al verdugo, pero nunca os he visto más cerca de la salvación ó de la muerte. Vamos, ¡ánimo! Sigamos azuzando á los tigres unos contra otros para que se devoren y acabe de salir la patria de este letargo sangriento. ¿Qué me querrá Maximiliano? He procurado que no me viese más que por la noche y temo que me venda la luz del sol. Las penas y los años han debido cambiar mucho mi rostro; pero ¿cómo no ha leído en mis ojos los implacables propósitos que contra él abriga mi corazón? ¡Ah! Las desdichas me han enseñado á disimular y hoy el amor me obliga á sofocar la ira y á presentarme con apacible y engañoso semblante al cruel verdugo de mi familia... ¿Qué ruido es ese? ¿Vendrán ya á buscarme? No... Son clamores y gritos de la calle (Mirando por el balcón de la izquierda.) En París hay mar de fondo... Turbas harapietas armadas de picas y de sables, recorren las calles... Preliminares de la función que se prepara... Me han visto y me vitorean... Sigamos representando nuestro odioso papel... (Arengando desde el balcón.) Ciudadanos, la patria está en peligro... (Para sí.) Esta frase es de rigor. (Prosiguiendo.) Hay que acabar de una vez con los bribones é intrigantes que oprimen á la Convención. (Robespierre entra sin hacer ruido por la puerta por donde salió antes y se pára á escuchar.) Pueblo, los malvados agentes de la reacción quieren privarte de tu único amigo, el incorruptible Robespierre... Los enemigos del gran ciudadano, son tus enemigos... Pueblo de París, prepárate á caer sobre ellos como el rayo... ¡Muerte á los traidores! ¡Viva Robespierre!

(Gritos y aclamaciones fuera.)

Escena XIV.

ROBESPIERRE, ENRIQUE.

ENRIQUE.

(Al volverse ve á Robespierre.)

¡Ah! Perdona, ciudadano, no sabía que estabas ahí.

ROBESPIERRE.

No te pese, Florval... Bueno es que Robespierre conozca á sus amigos.

ENRIQUE.

Los que no lo sean tendrán que habérselas con el pueblo de París que se levanta como un solo hombre para colocarse á tu lado... ¡Oh! Te aseguro que la fiesta va á ser divertida.

ROBESPIERRE.

¿Crees que se atreverán á atacarme?

ENRIQUE.

Bueno es que estés preparado... Las avispas se atreven á veces con el león. Pero te advierto que el pueblo está dispuesto á limpiarte el camino de insectos. Que se atrevan, y hasta las piedras de París se alzarán mañana para gritar ¡viva Robespierre!

ROBESPIERRE.

Tu sencillez entusiasmo me conforta... Gracias, Florval. (Le tiende la mano. Enrique retira la suya con viveza.) ¡Eh! (Con ira sorda.) ¿No has visto que Robespierre te alarga la mano?

ENRIQUE.

(Aparte.)

¡Oh! esto es superior á mis fuerzas... (Alto.) Perdona, ciudadano... Yo soy un patriota toscó indigno de esa honra... Yo estrechar la mano del que tiene en la suya los destinos de Francia y quizá de la libertad del mundo... ¡Oh, no! No quiero dar celos á la posteridad. (Cambiando de tono.) Con todo, si en la jornada de mañana consigo hacer algo por la patria, osaré estrechar la mano que ahora me tiendes... (Aparte.) Pero será para arrastrarte al cadalso ¡malvado!

ROBESPIERRE.

(Tranquilizado y sonriendo.)

Tus escrúpulos podrían envanecerme, Florval, si mi virtud no me pusiera á cubierto de las tentaciones del orgullo... Ya lo ves... Mis enemigos me acusan de aspirar á la dictadura. ¡Ah! Si el pueblo se obstinara en echar esa pesada carga sobre mis hombros, sólo rodeándome de corazones entusiastas como el tuyo, me sería dable soportar los sinsabores

del mando... Pero dejemos esto. ¿Sabes por qué te he llamado?

ENRIQUE.

No. Fouquier me acaba de decir que tenías que hablarme.

ROBESPIERRE.

Fouquier es un traidor ó un imbécil... En el Tribunal revolucionario se ha llevado á cabo con infernal habilidad un complot para escamotear dos cabezas á la guillotina. El marqués de San Germán y su nuera, figuran en los registros del Tribunal y en las listas enviadas al Comité como juzgados y guillotinados, siendo así que uno y otro viven y se hallan presos en la Conserjería. ¿Qué dices á esto?

ENRIQUE.

(Aparte.)

¡Lo sabe todo! (Alto.) Perdona, ciudadano, si no lo oyera de tus labios, creería una fábula lo que me cuentas.

ROBESPIERRE.

No sin razón te sorprende, Florval. El Gobierno revolucionario no ha recibido nunca un bofetón más audaz. ¿Se habrá querido burlar de mí Fouquier?

ENRIQUE.

Es decir, que tú tenías algún interés personal en castigar á esos dos aristócratas?

ROBESPIERRE.

Sí, Florval... Recibe esta confidencia como prenda de la estimación que te profesa Robespierre... Ese marqués de San Germán, es de Arrás, mi ciudad natal... Su parque y su palacio, en la actualidad arrasados por el furor popular, ocupaban hace pocos años la parte más culminante de la ciudad, de la cual fueron señores sus antepasados... La estrecha amistad que desde mi niñez contraje con su primogénito Enrique, me dió ocasión de frecuentar aquella morada orgullosa en donde era recibido bajo el mismo pie de igualdad que los demás jóvenes de la nobleza del país... Engañado por esta aparente familiaridad y seducido por la belleza de Justina, hermana de Enrique, osé poner en ella los ojos. Cuando á la muerte de mi padre ocupé su plaza de abogado del Consejo superior del Artois, creí llegado el momento de realizar mis sueños de ambición y de amor: y un día me presenté en la morada del marqués á solicitar la mano de Justina... ¡Oh! ¡Aquel día decidí de mi porvenir!...

ENRIQUE.

Tu petición... ¿fué desairada?

ROBESPIERRE.

Sí, y en los términos más humillantes. Me vi afrentado en mi amor, en mi orgullo y convertidos mis sueños de felicidad en sueños de sangre y de venganza... Desde aquel día juré guerra de exterminio á la nobleza y abracé con mayor resolución las nuevas ideas... El Marqués sabe ya á estas horas lo que cuesta humillar á Robespierre...

ENRIQUE.

(Con voz insegura.)

Según eso... Los demás miembros de esa familia... han sentido ya los efectos de tu... justo resentimiento?

ROBESPIERRE.

La Marquesa fué guillotina... Justina, agobiada por la miseria y las persecuciones, murió de dolor hace un año en las cárceles de Arrás... ¿Qué es eso Florval, palideces?

ENRIQUE.

(Estremeciéndose y llevando la mano á la frente.)

En efecto... ¡siento un sudor frío! Es que tienes una manera de contar las cosas, ciudadano, que parece que pasa por uno mismo...

ROBESPIERRE.

¿La suerte de esos aristócratas te interesa?

ENRIQUE.

No, al contrario... Es que me pongo en tu caso, y el furor y la ira me transportan...

ROBESPIERRE.

Tú eres sensible como yo, Florval.

ENRIQUE.

(Aparte.)

¡Oh Dios mío! (Alto.) Prosigue si te place.

ROBESPIERRE.

El Marqués y su hijo Enrique lograron ocultarse; pero el Terror se estableció, y como para el Terror no hay nada oculto, conseguí dar con su escondrijo. El anciano ex noble y su nuera, fueron presos y conducidos á la Conserjería.

ENRIQUE.

Pero... ¿y Enrique?

ROBESPIERRE.

Enrique quedó en libertad, porque... le protege el destino.

ENRIQUE.

¿Logró evadirse? ¿Qué lástima!

ROBESPIERRE.

No, mis órdenes de persecución no le comprendían. Hay de por medio una predicción que le pone á cubierto de mi saña.

ENRIQUE.

(Aparte.)

¡Qué oigo! Ahora comprendo... La predicción de la gitana. ¡Oh Providencia! (Alto.) Ciudadano, participo de tu indignación... En el Tribunal tienes algún enemigo encubierto, traidor á la patria y á ti...

ROBESPIERRE.

Ese traidor no puede ser otro que el fiscal Fouquier ó alguno de sus agentes más inmediatos. (Entra el portero y entrega un pliego á Robespierre. Este sigue hablando con animación mientras lo abre. Enrique contempla el papel con inquietud.) Ocupas al lado de Fouquier un puesto de confianza, y como tu adhesión á mi persona te pone á cubierto de toda sospecha, vas á decirme quién es el malvado... (Pasando la vista por el papel.) ¡Ah!...

ENRIQUE.

(Aparte y con inquietud.)

¿Qué contendrá ese pliego...?

ROBESPIERRE.

(Leyendo para sí con ira comprimida.)

«Ciudadano Robespierre: el autor del complot para salvar la vida del ex marqués de San Germán y de Luisa d'Entragees es Florval. Hay indicios para creer que bajo ese nombre se oculta el de un aristócrata peligroso. — *Fouquier*.»

(Al acabar de leer esta carta Robespierre fija sus ojos con ira en Enrique como queriendo reconocerle. Este observa inquieto y de reojo los movimientos de Robespierre.)

ENRIQUE.

(Aparte.)

¡Soy perdido! ¿Cómo me mira! Ese papel es de Fouquier... ¿Puedo evadirme...? ¡Imposible! Pues bien, mostrémosle cómo sabe morir un de Nerac!

(Se cruza de brazos mirando de hito en hito á Robespierre.)

ROBESPIERRE.

(Aparte y examinando á Enrique.)

¡Oh es el mismo! ¿Qué ceguedad ha sido la mía? A pesar del cambio que ha sufrido su rostro y de los años que han pasado, debí haberlo reconocido. (Alto.) ¡Enrique!

ENRIQUE.

Sí, Enrique de Nerac. ¡No me has conocido hasta ahora, verdugo!

ROBESPIERRE.

(Precipitándose hacia la puerta del fondo.)

¡Ah traidor! (Antes de llegar á la puerta se pára y vuelve á Enrique.) ¿Por qué te atraviesas en mi camino, desgraciado?

ENRIQUE.

Para hacerte caer.

ROBESPIERRE.

¿Vienes á atentar contra mi vida? ¿No sabes que la tuya está pendiente de mis labios?

ENRIQUE.

¿Por qué no has llamado ya á tus esbirros?

ROBESPIERRE.

Porque... (Aparte.) Es verdad... ¿Por qué vacilo? ¿Por qué no me libro de este peligroso enemigo...? ¡Ah! pero si su cabeza y la mía están unidas por el influjo de un mismo sino... Si cometo matándole un suicidio... (Alto.) Enrique, ¿cuáles son tus propósitos? ¿Quieres asesinar me?

ENRIQUE.

(Con furor reconcentrado.)

¡Asesinate, tirano! El que purga la tierra de un monstruo como tú, no asesina. Todo francés tiene derecho á ser tu juez y tu verdugo porque tu muerte es la vida de millares de inocentes y la expiación de crímenes sin cuento. Aunque contuvieran tus venas tanta sangre como aguas el Sena, la derramaría sin escrúpulo. ¡Ah! ¡Tienes miedo á la muerte, tú que la has hecho el único instrumento de tu poder y has convertido á Francia en un vasto sepulcro! ¡Tiembles á la vista de un hombre, tú que has puesto á toda una nación bajo el cuchillo de la guillotina! ¡El tirano que reina por el terror, tiembla como la más pusilánime de sus víctimas! ¡Oh! haces bien en temblar, Maximiliano; pero la hora de la

justicia no ha sonado aun para ti. Vengo armado, soy más fuerte que tú y podría tenderte ensangrentado á mis pies antes de que llegasen tus sayones... Mi patria ensangrentada, mi raza proscripta, mi familia perseguida y sacrificada por tu rencor implacable, me están pidiendo venganza; pero Dios tiene sus plazos, y el tuyo, aunque cercano, no ha llegado aún.

ROBESPIERRE.

En tu mano está alargar el de los dos. (Con amargura.) ¡Ah Enrique! Yo debiera implorar como un beneficio la muerte con que me amenazas; pero tú lo has dicho... (Con voz sorda y mirando á todos lados.) ¡Robespierre tiene miedo! Si en esta lucha de bestias feroces, yo soy el más implacable, es porque en la mirada de todo sér humano me parece leer el deseo de exterminarme... En cada hombre contemplo un vengador que me persigue, y me defiende matando del terror que me inspira la muerte. Pero tú eres el único francés que no tiene derecho á derramar la sangre de Robespierre.

ENRIQUE.

Eso lo debo, no á tu piedad ni á tu justicia, sino á tu superstición. Has pisoteado todas las leyes divinas, y te detienes aterrado ante la predicción de una miserable gitana.]

ROBESPIERRE.

Esa predicción te ha salvado hasta hoy. Si quieres que te sirva para mañana, huye y procura no volver á tropezar con Robespierre.

ENRIQUE.

Lo haré con una condición.

ROBESPIERRE.

Habla.

ENRIQUE.

La muerte no devuelve ya sus víctimas; pero aun vive mi padre... aun vive mi esposa...

ROBESPIERRE.

¡Ah! ¿Me pides la vida de tu padre? ¡No! Con él no me ligan más lazos que los lazos del odio. Yo he jurado abatir la cabeza de ese viejo soberbio que llenó de rencor y de hiel un corazón que estaba sediento de amor.

ENRIQUE.

(Haciendo esfuerzos para contenerse.)

¡Estás hablando de mi padre!

ROBESPIERRE.

Tú puedes agradecer al destino que te libra de mi saña; pero el talismán que te protegí no alcanza á los tuyos. ¿Pensabas todavía burlarte de mi justicia? Tu padre y tu esposa irán mañana á la guillotina.

ENRIQUE.

(Fuera de sí dando algunos pasos sobre Robespierre.)

¡Ah infame...!

ROBESPIERRE.

(Corriendo hacia la puerta del fondo.)

¡Socorro! ¡Ciudadanos, aquí!

ENRIQUE.

(Conteniéndose y aparte.)

No he sabido reprimirme.

Escena XV.

DICHOS, SAINT JUST, EMPLEADOS Y SECCIONISTAS ARMADOS.

ROBESPIERRE.

(Señalando á Enrique.)

Prended á ese traidor. ¡Ha querido asesinar! Amigos, no os separéis de mí.

SAINT JUST.

Cálmate. (A los que entran.) Apoderaos de ese malvado: ha querido asesinar á Robespierre.

ROBESPIERRE.

(Poniéndose delante de los que quieren echarse sobre Enrique.)

No, no, deteneos.

SAINT JUST.

(Sorprendido.)

¿Qué haces?

ROBESPIERRE.

(Aparte.)

¡Aquella extraña profecía! Si lo prenden, quizás ni yo mismo pueda salvarle. (Alto.) Ciudadanos, gracias por la prontitud con que habéis acudido en

mi auxilio... Verdad es que este hombre ha querido asesinar, pero le conozco... es un excelente patriota que padece raptos de demencia.

(Algunas voces.)

¡Muera, muera!

ROBESPIERRE.

No, no, la justicia del pueblo sólo debe castigar



R. P. M. FR. SANTIAGO M. MONSABRÉ, DOMINICO,
Predicador cuaresmal en Nuestra Señora de París.

el delito, y en este hombre no puede haber delito porque no hay razón... El que ponga en él la mano sentirá los efectos de la cólera de Robespierre. (A Enrique.) Sal de aquí... Eres libre.

ENRIQUE.

(En voz baja á Robespierre.)

Hasta la vista, Robespierre. (Alto.) Paso al loco, ciudadanos.

C. SUÁREZ BRAVO.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

FLORES Y ESTRELLAS

Dedicado á mi querida prima P. de S.

Asoma el alba en el rosado Oriente
Ornada de arboles y de perlas,
Y brotan á su beso cariñoso

Las flores bellas...

Ya muere con el sol la tarde hermosa;
Todo es silencio, soledad, tristeza;
Y al espirar la luz, bordan los cielos
Dulces estrellas.

¡Qué bellas son las flores! ¡qué alegría
Más pura, y qué placer al alma dejan!...
¡Qué hermosas las estrellas! ¡qué embeleso
Se siente al verlas!...

Hermosas y risueñas son las flores,
Sonrisas de la aurora placentera:
Melancólicas, dulces cual la noche
Son las estrellas.

Cuando sienta tu pecho algún deseo
De placer ó de dicha, una flor besa:
Es el néctar que guarda entre su cáliz
Del cielo esencia.

Mas si sufres, si lloras, si padeces,
Tu vista por la noche al cielo eleva,
Que la luz indecisa de los astros
Calma las penas.

Las flores son juguetes de los ángeles,
Que Dios en su bondad lanzó á la tierra;
Perlas que han de formar nuestra corona
Son las estrellas.

MARÍA DEL PILAR DE MONTOLIÚ.

Tarragona 12 Octubre, 1885

MISCELÁNEA

Dice *El Gorbea*:

«A la vista de los humeantes escombros del que fué convento de Pasionistas en el valle de Angosto, contrístase el ánimo de los padres y de los pueblos circunvecinos, porque aquella humilde pero santa morada, ejemplo constante de virtud y manantial fecundo de la fe, de la moral y de las buenas costumbres, no existe ya; pero si la llama del fuego material redujo ayer á cenizas el naciente monasterio, esa otra llama de la más excelsa de las virtudes, la caridad, que esplendorosa brilla en los corazones cristianos, hará quizá en cercano día brotar de entre las ruinas la obra destruída.

»Decimos esto, porque, según parece, el clero, las familias principales del país y los pueblos en general desean vivamente la reconstrucción del monasterio, y comunicado este pensamiento á los padres Pasionistas por el celoso cura de Barrio, mostraron su reconocimiento y profundo amor á ese país, que se dispone á hacer nuevos sacrificios; pero que era preciso pedir la venia y esperar la orden del general, que reside en Roma, y que si ésta era afirmativa, desde luego habrían de concertarse para la realización del pensamiento.

»No dudamos que esta provincia, donde la caridad ha levantado en nuestros días tantos monumentos para el mejor servicio de Dios y bien de los hombres, responderá al llamamiento en el caso de que la obra se promueva, y por nuestra parte abiertas quedan las columnas

de este periódico al fin indicado.»
Y también las de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

En el número próximo, Dios mediante, hablaremos, como cumple, de los preciosos trabajos históricos que el docto P. Fita está publicando en el *Boletín de la Academia de la Historia*, cuya publicación recomendamos á los amantes de las antigüedades patrias.

Se publica todos los meses un cuaderno de unas 72 páginas, con sus correspondientes láminas, cuando el texto lo exige, formando cada año dos magníficos tomos con sus portadas é índices.

Las suscripciones dan principio en Enero y Julio de cada año.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	Pesetas.
Madrid. — Seis meses.....	7,50
Un año.....	15,00
Provincias. — Seis meses.....	8,50
Un año.....	17,00
Países de la Unión Postal. — Un año..	19,00

Los Sres. Académicos Correspondientes, tienen derecho á recibir su ejemplar á mitad de precio.

Los seis tomos publicados se hallan de venta á los precios de suscripción.

Los pedidos deben dirigirse á la librería de M. Murillo, Alcalá, 7, Madrid, único encargado de servir las suscripciones.

ADVERTENCIA

Rogamos á los señores suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que nos envíen lo antes posible lo que adeudan á esta Administración, pues se trata de intereses de pobres huérfanos á los cuales perjudica considerablemente el atraso en el cobro de las suscripciones vencidas.

Madrid. — Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.